La conquista del ESPACIO

# EL HOMBRE QUE VENDIO LA TIERRA

## Clark Carrados

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

# ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

516 - El detective y su robot, *Clark Carrados*.

517 - La invasión de los seres sin cuerpo - *Kelltom McIntire*

518 - La amenaza del décimo planeta - *A. Thorkent*

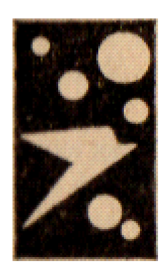
519 - Planeta sin ley - *Ralph Barby*

520 - Intriga galáctica - *A. Thorkent*

# CLARK CARRADOS

# EL HOMBRE QUE VENDIO LA TIERRA

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 521
Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 19.937 - 1980

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: agosto, 1980



**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

# CAPITULO PRIMERO

El hombre, exquisitamente ataviado, entró en la joyería con gran suavidad, sin mover los pies, suspendido a dos centímetros del suelo por un cinturón antigravitatorio, oculto por sus elegantísimos ropajes. Aparentaba unos cuarenta y cinco años y era alto, delgado y con pronunciadas entradas en las sienes. El jefe de vendedores adivinó de inmediato a un cliente de categoría y se precipitó a ofrecer la mercancía.

—¿En qué podemos servirle, caballero? ¿Desea alguna joya especial? ¿Tiene intenciones de hacer un valioso regalo? Aquí, en Tiffany's XXIII, dignos sucesores de los del siglo XX, tenemos todo cuanto puede apetecer la imaginación más fantástica y, créame, a unos precios que, si no fuese por la vulgaridad de la frase, diría que tirados.

—Deseo un buen reloj. Y un encendedor, ambos de oro —dijo el visitante, lacónico, pero cortés.

—Al momento, señor. Nuestros relojes proceden todos de la provincia suiza, tan buenos o mejores aún que en los siglos XIX y XX...

El visitante examinó unos cuantos relojes y acabó por quedarse con uno sencillo, pero costoso y de un diseño realmente atractivo. Luego de ponérselo en la muñeca, empezó a elegir encendedores, quedándose finalmente con uno que era un bloque de esmeralda, con los elementos metálicos enteramente de oro.

—Este me gusta —dijo, satisfecho—. Muchas gracias, amigo.

—Perdón —sonrió el jefe de vendedores—. Son ocho mil novecientas Unidades Interestelares de Moneda, units, en lenguaje corriente...

—Creo que se equivoca—replicó heladamente el comprador—. No tengo .que pagar siquiera un décimo de unit por estas baratijas. Podría, incluso, llevarme la tienda entera y las circunstancias seguirían siendo las mismas, es decir, no tengo nada que pagar. Todo lo que veo es mío, incluyéndole a usted y a sus subordinados. A propósito, un día de éstos le enviaré a mi contable particular, para que examine los libros de cuentas y me señale los beneficios del año pasado. Mientras tanto, como es natural, ustedes pueden seguir vendiendo al público a los precios establecidos. Eso es todo, muchas gracias.

El jefe de vendedores adivinó de inmediato que iban a tener muchos jaleos. Disimuladamente, hizo una seña a uno de sus acólitos y éste se precipitó hacía el videófono para llamar a la policía.

*

Con gesto lleno de furia, el comisario Ensdel entró en su despacho, se desciñó el cinturón antigravitatorio, lo tiró al suelo y empezó a danzar un frenético zapateado sobre la hebilla. Su segundo en el mando, teniente Rummin contempló la escena flemáticamente, sin perder la calma un solo instante, habituado desde hacía años a las explosiones de cólera de su jefe inmediato.

—Problemas, comisario —dijo Rummin, cuando Ensdel empezó a dar muestras de cansancio.

—Un problema de todos los diablos —barbotó Ensdel—. Me sentiría mucho más tranquilo abrazado a una bomba atómica, un segundo antes de la explosión.

—¿Malas noticias sobre el caso Bickinhoff? El ministro de Orden está enterado de las investigaciones y sabe que vamos por buen camino...

Ensdel apoyó las manos en la mesa y miró airadamente a su subordinado.

—El caso Bickinhoff es una minucia de nada, algo así como robarle un caramelo a un chiquillo, comparado con lo que se nos ha caído encima. ¿No se ha enterado de la denuncia que ha formulado el jefe de vendedores de Tiffany's XXIII contra un tal G'Hadur Rheik?

—Oh, sí, claro que estoy enterado. Rheik fue traído aquí, porque no quería pagar un reloj y en encendedor, alegando no sé qué acerca de que la Tierra le pertenecía... El sargento Timosheff se ocupó del caso y lo encerró de inmediato en una celda...

—Lo sé, lo sé —rugió Ensdel—. Y ahí está precisamente la complicación, porque ese tal Rheik ha resultado ser nada menos que Segundo Secretario de Tierras de Zebión, de Arturo, un personaje de alto rango y cuyo encarcelamiento puede acarrear graves conflictos diplomáticos.

—Bueno, jefe, pero es que ni siquiera un diplomático puede hacer una cosa así. Además, no enseñó su tarjeta de diplomático...

—No la tiene, no pertenece a la diplomacia zebionita, pero, para el caso, da igual, teniente.

—Jefe, aquí tenemos nuestras leyes y ni siquiera el presidente de Zebión podría quebrantarlas —contestó Rummin dignamente.

—Es que Rheik dice que no ha quebrantado ninguna ley, que la Tierra es suya, que la ha comprado y que todo cuanto hay en el planeta, desde el Polo Norte al Polo Sur, desde la superficie hasta el centro del globo terráqueo, todos los edificios, todos los seres humanos, animales, peces, pájaros, plantas y minerales, le pertenecen. Y lo peor de todo es que ha mostrado los títulos de propiedad del

planeta, ¿me comprende?

Rummin saltó en su asiento.

—¡Eso es imposible, jefe! —gritó—. Nadie puede vender la Tierra. Además, aunque fuera posible, quién podría pagar los trillones y trillones de units que valemos?

—Rheik pagó sólo millón y medio. Por lo visto, creyó que era una operación fructífera y cerró el trato sin preocuparse de más, engañado por los ficticios documentos que le presentó un tal John Smith, supuesto propietario del planeta y, como puede usted imaginarse, en graves apuros económicos, que le impelían a una venta semejante, tan rápida y por una suma tan insignificante.

—¡Oh, no, no! —gimió el teniente—. No puede haber en la galaxia una persona tan incauta, capaz de tragarse semejante fábula...

—Esa persona existe, ha estado en mi comisaría y piensa provocar un conflicto planetario de proporciones incalculables, si no encontramos al culpable de la venta antes de veinticuatro horas y se lo entregamos, para que le apliquen la justicia zebionita. ¿Sabes lo que hacen en Zebión con los tipos como John Smith? Los ensartan vivos en un espetón y luego los asan a fuego lento.

—¡Qué burrada! —se escandalizó Rummin—. Por muy gordo que sea el delito de ese Smith, no podríamos entregarle...

—¿Que no? El contrato de venta se firmó en Zebión, lo que significa que el delito se cometió allí. Por tanto, Zebión tiene derecho a pedir la extradición y nosotros no podremos negársela, ni aun sabiendo la suerte que le espera.

—Caramba, jefe, a pesar de todo, sigue pareciéndome muy duro...

—Lo sé, Rummin, lo sé, pero no tenemos otro remedio que buscar a ese desaprensivo. El asunto va ya camino de las altas esferas; el director de Orden se va a entrevistar ahora mismo con el Primer Primer Ministro y usted puede imaginarse lo que nos van a decir.

—Buscar a Smith —dijo Rummin pensativamente.

—En efecto.

—Pero es que ni siquiera sabemos quién es... No tenemos la menor idea de su aspecto personal, ni conocemos su nombre auténtico, ya que es preciso suponer que John Smith no es sino seudónimo... Dejando de lado al idiota de Rheik, ¿quién diablos puede ser tan astuto como para vender la Tierra y, además, embolsarse millón y medio de units?

—He estado pensando mucho en ello y creo haber dado con la solución —dijo Ensdel, sorprendentemente tranquilo.

—¿Sí, jefe? Pronto, dígame de quién sospecha...

Ensdel sonrió.

—A veces, se me ha hecho hasta simpático -contestó—-. Es un trapacero, un mentiroso... Una vez, vendió estufas eléctricas a los

habitantes de Mercurio, ya ve, allí donde el plomo se funde al sol... En otra ocasión, vendió una fábrica de hielo a los habitantes de Plutón. Imagínese, ese planeta cubierto de hielos eternos...

—Sí que debe de ser un hombre verdaderamente astuto. Y muy persuasivo —comentó Rummin—. Hombre, yo había oído hablar de tipos que vendieron la torre Eiffel, la estatua de la Libertad... Una vez hubo hasta quien vendió el Gran Cañón del Colorado, pero... ¡vender la Tierra me parece que es pasarse de rosca! ¿Quién es el fulano, jefe?

—Neil Torres, no puede ser otro —contestó Ensdel enfáticamente —. De modo que deje de calentar ese sillón con el culo y empiece a moverse, porque o encontramos a Torres en veinticuatro horas o el Primer Primer Ministro nos arrancará la cabellera. Y no es una metáfora —concluyó el comisario dramáticamente.

Rummin torció el gesto. Podía ser, se dijo. El Primer Primer Ministro, Jerónimo Sycamore, era apache puro. Tan civilizado como para haber alcanzado el puesto político más elevado de la Tierra, pero ¿quién podía asegurar que si se enfadaba de veras no recurría a una de las primitivas prácticas de sus ascendientes de raza?

—Encontraremos a Torres y lo asarán en Zebión —afirmó.

*

El brillante quedó adherido a la tersa piel de la joven, en el centro del valle formado por las dos redondas colinas, rematadas en sendos vértices de color de fresa. Ella rió al sentir el contacto de la gema.

—Había pensado comprarte un rubí —dijo Neil Torres—, pero ya tienes dos, que te concedió la madre naturaleza al nacer. El diamante queda más estético.

Ella soltó otra risita. Luego, sus brazos, cálidos y suaves, se enroscaron en torno al cuello masculino.

—Neil, soy tuya —dijo apasionadamente.

Torres hizo una mueca que ella no vio. La frase le pareció inicua. Pero era tan hermosa...

La besó con furia. Ella correspondió a su fuego y no era simulado. Las caricias aumentaron en intensidad. De pronto, la joven se tendió de espaldas en el enorme montón de pieles que suplían al lecho y estaban a poca distancia de la chimenea encendida.

—Ven, ven... —jadeó.

Torres se acostó primero a su lado y la miró fijamente al fondo de los ojos. Sonrió satisfecho. Luego se preguntó qué diría la joven cuando fuese a vender el diamante y se enterase de que era falso. Era mejor pensar en sus reacciones.

De pronto, cuando ya la abrazaba, se abrió la puerta de la cabaña.

Una mujer apareció en el umbral.

—Oh, dispensen —exclamó.

Y volvió a cerrar de un portazo.

Torres maldijo entre dientes y se puso en pie de un salto. Ella se incorporó en parte, apoyada en los codos.

—Oye, tú, ¿quién es esa fulana? —exclamó—, ¿Acaso te parece poco una mujer y quieres numeritos extraños con dos?

—Carol, te juro que no tengo la menor idea…

Mientras trataba de disculparse, Torres se apresuraba a ponerse unos pantalones cortos. Encima de una silla cercana estaba el vestido de la joven y se lo arrojó al regazo.

—Póntelo y averigüemos quién es la intrusa —dijo—. Te aseguro que le voy a dar una patada ahí donde se sienta, que va a salir disparada a cien kilómetros de distancia.

—La que va a salir, disparada soy yo —exclamó Carol, furiosa—. Esa fulana estaba citada aquí y te olvidaste de ella, eso es todo.

—¡Carol!

La puerta volvió a abrirse de nuevo. La desconocida sonrió.

—Ah, veo que están vistiéndose —dijo—. Lo celebro infinito, señor Torres.

—Pero ¿quién diablos es usted? —barbotó el aludido—. ¿Cómo ha venido hasta aquí?

—En mi aeromóvil, por supuesto —respondió la joven—, Pero no tengo prisa; esperaré a. que se vaya su amiga.

Carol estaba ya casi vestida. Sin acabar del todo, agarró su bolso y se encaminó hacia la puerta.

—Ahí te quedas —gritó al salir—, ¡Ojalá revientes! —agregó como despedida.

El portazo que dio hizo retemblar las paredes de la cabaña. La desconocida soltó una risita.

—Se marcha verdaderamente furiosa —comentó.

Torres estudió un momento a la joven. Era muy alta, de silueta muy fina, delicada en apariencia, pero fuerte y robusta, pese a que no lo pareciera en absoluto. El pelo era intensamente negro, muy bien peinado en dos grandes bandas, que ocultaban casi por completo sus orejas. Los ojos fulguraban como esmeraldas. Pendiente del hombro izquierdo llevaba un costoso bolso de piel.

—Bien, señora —dijo Torres al fin—, ¿puede decirme su nombre y lo que desea de mí?

—Me llamo Syra Stimson —se presentó la joven—. Y lo que deseo de usted es que venda un asteroide de mi propiedad, llamado Orrull-5 y situado en el Noveno Sistema de Vega.

# CAPITULO II

Torres volvió a mirar hacia la joven. Luego fue hacia un bar, situado en el rincón opuesto a la chimenea, y se sirvió una copa. Había allí una ventana. En el interior de la cabaña, reinaba una temperatura suficiente para poder permanecer desnudo de cintura para arriba. Fuera, el termómetro marcaba doce grados bajo cero y una espesísima capa de nieve cubría el suelo y las copas de los árboles.

—Nunca he oído hablar de Orrull-5 —dijo al cabo—. Y no soy agente de ventas.

—Pero sabe vender, cuando es preciso.

—¿Yo? —Torres se echó a reír—. No sé de qué me está hablando, señora...

—Una vez, vendió estufas eléctricas a los habitantes de Mercurio. A los plutonianos les vendió una fábrica de hielo. Vendió diez buques de transporte y carga a los habitantes de Shihoho, un planeta al lado, del cual el desierto del Sahara es un vergel y en el que se desconoce el agua por completo. Y, para finalizar esta corta serie de fechorías, acaba de vender la Tierra a un tipo llamado G'Hadur Rheik, Segundo Secretario de Tierras de Zebión. Como puede apreciar, he venido a buscar al hombre apropiado —dijo Syra sin alterarse en ningún instante.

—Está muy bien informada de mis actividades —gruñó Torres.

—No estaría aquí, si no fuese así. Orrull-5 está valorado en ciento cincuenta de millones de units. Véndalo y recibirá una comisión del diez por ciento. Pero si saca un precio superior, no me opondré en absoluto; la diferencia será para usted.

Torres la miró oblicuamente.

—¿Qué hay en ese asteroide? Porque cuando vendí la Tierra, el comprador ya sabía que era un mundo con cosas que merecen la pena. Al cliente que quiera comprar Orrull-5 tengo que decirle algo, un poquito tan sólo...

—Nada —contestó Syra sorprendentemente—. Orrull-5 es un asteroide de unos doscientos cincuenta kilómetros de diámetro medio, absolutamente deshabitado y con el mismo valor que puedan tener las cenizas de esa chimenea. Simplemente, quiero que lo venda, eso es todo. Por supuesto, si consigue que el comprador se crea que adquiere un diamante, no le hará ninguna objeción. ¡Pero véndalo!

—Oiga, ¿sabe que en ese negocio hay algo que usted no quiere decirme y que me tiene muy escamado? ¿Cuál es el truco, señorita Stimson?

—Eso no le importa en absoluto —dijo ella con glacial acento.

—Muy bien, pues que el diablo le venda Orrull-5. Yo me niego.

Syra no se inmutó. Abrió su bolso y sacó de su interior algo que parecía una caja de fósforos.

—Voy a llamar al director de Orden y le diré que he encontrado al hombre que vendió la Tierra —anunció—. Le arrestarán, Zebión pedirá la extradición, se la concederán y a usted lo asarán vivo. ¿Qué le parece la perspectiva? Usted conoce las costumbres de Zebión...

—¡Basta! —cortó Torres malhumoradamente. Acepto el trabajo. Pero impondré mis propias condiciones.

—No pienso hacerle la menor indicación acerca de la forma en que ha de vender Orrull-5 —respondió Syra—. ¿Cuáles son esas condiciones?

—Primera, elegiré a mis colaboradores y usted no interferirá para nada el trabajo.

—Yo le encargo que venda el asteroide y no me importa si droga al cliente, o si le pone una pistola en el pecho o... Repito que es cosa suya. ¿Algo más?

—Sí. La comisión, es decir, mis honorarios, me parecen insuficientes..

Syra respingó.

—¡Señor Torres! Son quince millones.

—Insuficiente —-insistió él.

—Bueno, veamos qué más quiere —dijo Syra resignadamente.

Torres la miró con gran intensidad, recorriendo su figura de la cabeza a los pies.

—La quiero a usted —dijo.

—¿Cómo? ¿Se ha vuelto loco? —gritó ella.

—Ya lo ha oído: la quiero a usted. Y ahora mismo, aquí, en esta cabaña.

Syra le miró con los ojos bajos un instante, roja hasta las orejas. Se mordió los labios, abrió la boca como si fuese a decir algo y, al fin, llevó la mano al cierre de su traje de una sola pieza.

—Está bien —musitó.

El traje era térmico, de un tejido especial que permitía usarlo con cualquier ambiente. El cierre bajó hasta el final y ella llevó una mano al lado izquierdo para quitarse la ropa. Torres pudo apreciar que era la única prenda que cubría su cuerpo, aparte las botas de media caña.

—Bueno, basta —cortó Torres, levantando una mano—. Suba ese cierre otra vez. Me ha convencido.

—No entiendo —dijo Syra, desconcertada y todavía con el traje abierto hasta más abajo de la cintura.

—Está claro. Tengo buen ojo para juzgar a las personas. La venta de Orrull-5 debe de interesarle mucho, cuando estaba dispuesta a...

aceptar esta condición.

Los ojos de la joven relampaguearon.

—Esto es algo que nunca olvidaré, señor Torres, aunque, por supuesto, cumpliré los términos de mi contrato. Y ahora, ¿puede decirme cuál es su primer paso?

—Creí que me había dejado libertad de acción —arguyó él.

—Lo cual no debe impedir que yo esté enterada de todos sus movimientos.

—Muy bien. En tal caso, le diré que mi primer paso va a consistir en buscar a mis colaboradores en la Reserva Marg.

—¿Cómo? ¿Qué es eso? ¿Dónde está ese lugar? —preguntó Syra, intrigada.

—«Marg» quiere decir marginados. Son gentes que no quieren adaptarse a esta deshumanizada civilización actual, en donde todo está controlado, desde la primera gota de leche materna hasta la incineración post-mortem; en un mundo donde las máquinas, pero, sobre todo, el Gran Ordenador Máximo, prevén todos y cada uno de nuestros movimientos y nos indican hasta el momento en que debemos sonamos las narices. Algunas personas no quieren tal estado de cosas y se marginan voluntariamente de esta sociedad.

—Y viven como salvajes.

—Ellos dicen que viven como personas.

—¿Lo tolera el gobierno?

—El gobierno es víctima de su propia propaganda. Vivimos en un mundo de absoluta libertad, aunque luego te controlen, como he dicho, hasta el momento en que debes ir al lavabo. Por tanto, no puede impedir que ciertas personas vivan, digamos, a su aire, aunque sí les ha señalado unos límites de los cuales no pueden salir. Eso es la Reserva Marg.

—Y sus colaboradores están allí.

—Suponiendo que acepten mi proposición, sí.

—No veo que usted se comporte de una forma particularmente... esclavizada —dijo ella con cáustico acento—. Su manera de vivir es más bien anárquica...

—Todo consiste en saber... vivir —sonrió Torres—. Y ahora, si me lo permite, me vestiré y emprenderé el viaje a la Reserva Marg. Pero antes, por favor, dígame dónde se aloja usted.

—En el Grand Columbus. Habitación nueve dos uno.

Torres silbó.

—En ese hotel cobran hasta el aíre que se respira. Y son muy pocos los que consiguen una habitación en la planta novena, la mejor de todas —comentó.

—Yo la conseguí —respondió ella indiferentemente—. Por favor, llámeme apenas tenga noticias sobre el asunto.

—Descuide, señorita Stimson.

Syra se encaminó hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia el ocupante de la cabaña.

—Ah, olvidaba decirle que uno de los posibles candidatos a la compra del asteroide es el Gran Senador A. Falkenstins, de Rott, de Vega —dijo—. Casualmente, está en la Tierra y se hospeda también en el Grand Columbus, habitación ocho uno cuatro.

—Una planta por debajo de la suya —sonrió Torres.

—Sí.

—¿Hay más candidatos a la compra de Orrul-5?

—Por ahora, no. Buenas tardes, señor Torres.

—Buenas tardes, señorita Stimson.

Syra abrió la puerta y dio el primer paso sobre el suelo nevado. Casi en el mismo instante, se oyó un agudo silbido, seguido de una atronadora explosión.

La joven gritó, a la vez que retrocedía violentamente, hasta caer en el suelo. Torres corrió hacia ella, la arrastró al interior y cerró la puerta de una patada.

Sonó otro silbido, seguido de una segunda explosión. A través de una de las ventanas, Torres pudo contemplar la desintegración de su aeromóvil, convertido instantáneamente en una nube, de humo y trozos de metal que volaban por los aires.

El de Syra era ya sólo un recuerdo. Arriba, en el cielo, brilló un leve chispazo. Torres se encogió de hombros, temiendo otra vez nueva descarga, ésta dirigida rectamente a la cabaña, pero pronto pudo apreciar que era el reflejo de la nave atacante que huía a toda velocidad.

*

Una esquirla de metal había arañado la sien de Syra. Torres restañó la hemorragia, desinfectó la herida y aplicó encima una capa de celulina regeneradora.

—Mañana estará como nueva y no le quedará el menor rastro del rasguño —aseguró—. Pero ha estado en un tris de perder el ojo izquierdo.

—He tenido suerte, en efecto —admitió ella sin pestañear—. Francamente, no me esperaba ser atacada en la Tierra y menos todavía aquí, en su propia casa.

—Diríase que tiene enemigos que no la quieren muy bien. ¿Puedo saber quiénes son?

—Los que no quieren que venda Orrull-5. Pero no pueden oponerse a mi decisión. El asteroide es legalmente de mi propiedad y tengo el derecho de venderlo a quien me parezca y por el precio que

yo fije.

Torres fue hacia la cocina y puso una cafetera al fuego.

—Parece ser que vamos a tener dificultades —observó—. ¿No puede indicarme alguna pista sobre sus enemigos?

Syra le siguió, atusándose el cabello maquinalmente.

—No estoy muy segura de ello, aunque juraría que es cosa de Skorphos Lugg'Brol.

Torres respingó.

—¡Lugg'Brol! —repitió.

—Sí. ¿Le conoce usted?

—Tuvimos ciertos roces hace algún tiempo. Le vendí un campo de «ashanturia», ya sabe, la hierba mágica que lo cura todo o casi todo.

—Y le sentó mal.

—Sí, porque era «ashanturia» estéril, no sirve ni para pasta de papel. Es tan inútil... como el humo de esa chimenea.

—¿Qué dijo después Lugg'Brol?

—Oh, se puso hecho una fiera. Sin embargo, yo pude probarle que había hecho la compra con pleno conocimiento de causa. Tuvo que tragarse su cólera; no podía hacerme nada. Pero es hombre que no olvida fácilmente un fracaso, sobre todo, si es otro el que se lo provoca.

Torres retiró el café del fuego y llenó dos tazas. Después de entregar una a la joven, tomó la suya, sujetándola con ambas manos, y la miró sonriente.

—Bien, y ahora hemos de solucionar nuestro problema —dijo.

—¿Qué problema, señor Torres?

—Estamos aislados en plena Sierra, en la nieve, a cincuenta kilómetros del lugar habitado más próximo, sin medios de transportes y... a juzgar por lo que han dicho esta mañana en el primer boletín meteorológico, en las inmediaciones de una colosal ventisca. Hace tres años, me sucedió una cosa semejante. La cabaña quedó cubierta completamente por la nieve y tuve que permanecer aquí durante cinco semanas.

Syra se espantó.

—¡Eso no puede ser! —exclamó—. Tenemos que marcharnos antes...

—¿Se atrevería a correr el riesgo de la travesía hasta Mountville?

—Puedo pedir un aeromóvil por radio...

—No se lo aconsejo; eso es, precisamente, lo que esperan que hagamos. Y yo, cuando estoy metido en algún jaleo, procuro hacer siempre lo contrario de lo que los otros esperan.

—Pero no podemos cubrir a pie esos cincuenta kilómetros...

Torres sonrió.

—Dentro de unos minutos, será de noche —dijo—. Aguarde a que

me vista, por favor.

Apuró el café, fue al dormitorio y se puso un traje térmico, las botas y un gorro de piel. Al terminar, llamó a la joven:

—¡Señorita Stimson!

Syra acudió de inmediato. Torres abrió una puerta lateral y se echó a un lado.

—Pase —invitó.

Ella accedió y entró en un cobertizo, en el que pudo ver un extraño artefacto.

—¿Qué es eso? —preguntó, extrañada.

—Se ve que viene de un mundo donde no se conoce la nieve —rió el joven—. Eso es un trineo a motor, eléctrico y silencioso, por supuesto, y con visión de infrarrojos, para los desplazamientos nocturnos. Lo utilizo en contadas ocasiones; el aeromóvil es mucho más cómodo y veloz…, pero hay momentos en que el trineo resulta de verdadera utilidad.

Syra sonrió.

—Ahora estoy segura de que conseguirá vender el asteroide —dijo.

—Si el asunto de Zebión no trae demasiada cola, se lo venderé —contestó él.

# CAPITULO III

El comisario Ensdel tenía aún las orejas calientes por el rapapolvo que le había dirigido el director de Orden, a causa del desdichado asunto de la venta de la Tierra. Ensdel había tratado de defenderse, alegando que el comprador era tonto de remate. Nadie en su sano juicio, había dicho, podía creer que el planeta estaba en venta, y menos todavía por un precio tan ridículo. Ensdel era hombre cumplidor de la ley, pero también franco y directo, no importaba quién fuese su interlocutor ni el rango que ostentase, por lo que no solía tener pelos en la lengua, sobre todo, cuando creía que la razón estaba de su parte. Sólo un estúpido podía tragarse la fábula de que la Tierra estaba en venta y más por un precio tan ridículo. Pero, había añadido, también le gustaba que se cumpliese la ley y, a pesar de la idiotez de G'Hadur Rheik, se encargaría de atrapar al estafador.

Ensdel, además, era muy metódico. Aunque conocía bastante a Torres, decidió empezar su tarea por la reunión de cuantos informes pudiese conseguir respecto al hombre a quien buscaba y al que hacía años no tenía frente a sí. Por tanto, y acompañado de su fiel segundo, Phil Rummin, se encaminó al colosal edificio en el que se hallaba el Gran Ordenador Máximo, la gigantesca computadora que controlaba el menor de los movimientos de todos los habitantes del planeta.

Provisto de los documentos necesarios, hizo las gestiones convenientes en un par de despachos de control y, al fin, se le asignó un cubículo desde el que podía hacer la consulta. Al entrar en el minúsculo cuartito, siempre acompañado de Rummin, se encendió una luz verde encima de la máquina que a través de la cual podría evacuar su consulta.

Ensdel se sentó frente al aparato. Presionó una tecla y se encendió una luz ámbar, encima de un rótulo que decía: LISTO PARA CONSULTA.

En tono natural, dijo:

—Deseo información total sobre Neil George Raymond Torres, soltero, treinta y cuatro años, profesión oficial, empleado de oficina, con título de graduado en Contabilidad, número de registro 705-EFNX-44-V-17, 201-C.

—Entendida la consulta —respondió una voz mecánica—. Aguarde la respuesta.

—Gracias —murmuró Ensdel, sin darse cuenta de que se dirigía a una máquina.

En el fondo del edificio, a cientos de metros de profundidad, unos circuitos de memoria se activaron silenciosamente y empezaron a

bucear en los bancos de registro. Los impulsos corrían a la velocidad de la luz y enlazaban unos con otros, uniéndose finalmente en el informe definitivo, que fue escrito en una tarjeta, la cual salió a través de la ranura correspondiente un minuto más tarde.

Ensdel tomó la tarjeta y leyó la respuesta. Al terminar, hizo una mueca.

—Prácticamente, no dice nada que no sepamos ya. Salvo su última fechoría, que aún no ha sido registrada, todo lo demás nos resulta conocido —dijo.

—Espere un momento, jefe —exclamó Rummin—. Ahí falta algo, me parece.

—La máquina no olvida jamás un detalle, teniente —contestó Ensdel con severo acento.

—Precisamente por eso, jefe. No olvida ningún detalle conocido..., pero ¿qué me dice de los que no conoce?

—Si no conoce un dato, no puede informar, está claro.

—Exacto, jefe. La máquina no puede informar de nada que no esté registrado en sus bancos de memoria. Y si ese dato falta, es que... algo falla.

—Muchacho, ¿quiere explicarse de una vez? —pidió el comisario pacientemente.

—Sí, jefe. Verá, cuando uno hace una consulta total acerca de determinado personaje, el Gran Ordenador Máximo responde con un historial completo, que se inicia a partir de la fecha de su nacimiento. Pero ahí no dice dónde nació Torres, ni cuándo nació, ni quiénes fueron sus padres. El informe empieza a partir de la fecha de su graduación en Contabilidad.

Ensdel frunció el ceño.

—Es verdad —murmuró—. Tendríamos que conocer esos datos..., incluso la fecha en que fue vacunado contra la viruela, su sarampión, sus primeras anginas..: Incluso deberíamos saber si fue amamantado por su madre o recibió lactancia artificial.

—Justamente —exclamó Rummin con aire triunfal—, Y ese informe nos lleva a una conclusión irrefutable.

—¿Cuál, teniente?

—Torres no es terrestre.

Sobrevino una pausa de silencio. Ensdel se mordía los labios nerviosamente. ¿Qué significado tenía aquel dato? ¿Qué conclusiones podía extraer de la respuesta de la máquina?

De pronto, se puso en pie.

—Vámonos —dijo—. Esto es algo que tiene que saber inmediatamente el director de Orden. Si Torres no es terrestre, el asunto escapa de nuestra competencia.

—Cosa de la que debemos alegrarnos, jefe —exclamó Rummin,

sintiéndose sumamente aliviado al pensar que iban a verse libres de la enojosa tarea de buscar al hombre que había vendido la Tierra.

*

En aquellos momentos, Torres estaba tendido sobre la fresca hierba, a la sombra de un frondoso álamo y no lejos de un arroyo de aguas murmurantes. El sol brillaba en lo alto de un cielo azul, manchado aquí y allá de nubes blancas, que se desplazaban con majestuosa lentitud.

En una rama cercana cantaban los pájaros. Torres arrancó una flor silvestre y la acercó a su nariz.

—Os envidio, chicos —dijo.

Charlie Doley, alias El Hurón, estaba boca abajo, completamente desnudo, mordisqueando un tallo de hierba.

—No siempre encontramos comida, pero tampoco nos morimos de hambre —contestó displicentemente.

—Y no tenemos que someternos a esa maldita reglamentación del otro lado de la valla —agregó Bill Shawn, *el Manco.* No le faltaba ninguna mano, pero en tiempos había pasado por inválido, aparentando haber perdido un brazo, lo que le servía para meter la mano supuestamente ausente en los bolsillos de sus víctimas, previamente elegidas por su compinche El Hurón.

—Abundan los frutales —dijo Joyce Tucson, alias La Ruiseñor. Había intentado ser cantante de ópera, pero en cuanto vio el panorama de disciplina a que iba a ser sometida en el Ministerio de Artes y Espectáculos, lo abandonó todo y se unió a los otros dos.

—Ayer estuvimos segando el trigo —declaró Doley—. Ya tenemos existencias de harina hasta el próximo año.

—Tampoco nos faltan las gallinas. Y disponemos de dos perros que las cuidan a la perfección —sonrió Shawn.

—Me han ofrecido un carnero y cuatro ovejas. Creo que haré el trato —dijo Joyce—. En un año, podemos tener un pequeño aprisco, que nos proporcionará carne suficiente.

—Ya tengo ganas de una buena pierna de cordero asada —suspiró Doley—.. Te invitaremos cuando matemos al primero, Neil.

Torres suspiró también.

—No sabéis cuánto me alegra de saberos encantados con vuestra vida actual —dijo—. Cuando vuelva en la próxima ocasión, os contaré más cosas de las que haya podido hacer en ese tiempo.

—La venta de la Tierra es el mejor golpe que he oído en los días de mi vida —rió Joyce, una ardiente belleza morena, de opulentas formas, que ella no velaba con un solo centímetro de tejido.

—Neil, ¿cómo se «tragó» el «primo» tu historia? —quiso saber

Doley.

—Sí, sería divertido oírlo —convino Shawn.

—Otro día, muchachos. Ahora tengo un poco de prisa; debo preparar el siguiente golpe.

—¿Es interesante? —preguntó Joyce.

—Psé... Depende de cómo se lo torne uno. ¿Alguno de vosotros conoce a alguien que pueda desempeñar el papel de agente de Bolsa? Necesito también una agradecida compradora de valores, que ha seguido mis consejos financieros..., y un vendedor de acciones, por supuesto.

Joyce, Shawn y Doley se miraron mutuamente durante unos segundos. Al fin, ella dijo:

—Neil, ¿por qué no eres sincero y hablas claro de una vez? ¿Por qué demonios no dices que nos necesitas?

—Mujer, no me gustaría veros abandonar la reserva, esta vida tan apacible y bucólica...

—Déjate de cuentos —gruñó El Hurón—. Sabes demasiado bien que no encontrarías a otros mejores. Aunque estemos aquí a gusto, también nos divertiríamos un poco «desplumando» a un incauto. A fin de cuentas, en ocasiones tenemos que importar cosas del otro lado de la valla y eso siempre cuesta dinero.

—Andamos un poco escasos de fondos, es la verdad —confesó La Ruiseñor.

—Neil, ¿si sale bien el golpe, ¿cuánto esperas conseguir? —inquirió El Manco.

—Por lo menos, quince millones. Os daría uno por barba...

Joyce silbó.

—Empieza a hablar, Neil —invitó.

—Primero quiero deciros una cosa. Antes de empezar a trabajar, quiero darme una vueltecita por el... terreno que he de vender. Necesito saber qué hay realmente allí, a fin de hacer un buen trabajo —dijo Torres.

—¿Cuánto tiempo tardarías, Neil? —preguntó Shawn.

—Aproximadamente, dos semanas. Mientras estoy ausente, vosotros podéis iniciar los trabajos preliminares. Os dejaré dinero suficiente para que no os quedéis colgados en el momento más crítico. ¿Está claro?

—Vamos, empieza ya —pidió Joyce, impaciente.

Una hora más tarde, Torres, en el nuevo aeromóvil que se había comprado, tras la destrucción del otro, regresaba a la capital. Desde lo alto, divisó la larguísima alambrada, de cientos de kilómetros de longitud, que cerraba la reserva, no precisamente para evitar la entrada o salida en el recinto, sino para señalar sus límites. La ley era distinta a cada lado de la valla, y éste era su principal objeto.

En las afueras estacionó su aeromóvil y continuó su camino mediante el cinturón antigravitatorio. El uso del aeromóvil estaba prohibido en el interior de la capital, salvo ambulancias y otros vehículos oficiales. La velocidad máxima que se podía obtener con el cinturón era de unos veinticinco kilómetros a la hora lo que, en general, era más que suficiente y así se evitaban colisiones dañinas. Media hora más tarde, estaba conversando con un antiguo conocido suyo, piloto y propietario de una nave espacial.

Jerry Long se mostró reacio en un principio a aceptar la propuesta de su amigo, pero se rindió al conocer la cifra que Torres estaba dispuesto a pagar por sus servicios.

—De acuerdo, pero déjame cuarenta y ocho horas, para reponer víveres y hacer una revisión general de la nave —solicitó el piloto.

—Estaré en el astropuerto, pasado mañana, exactamente a las siete de la tarde —dijo Torres.

—Lo tendré todo dispuesto para esa hora —afirmó Long.

Torres puso en funcionamiento el cinturón antigravitatorio y se dispuso a regresar a su alojamiento habitual. Luego haría unas compras y se dirigía al Gran Columbus, a fin de conocer al senador Falkenstins, posible interesado en la compra del asteroide. De pronto, cuando ya había recorrido la mitad del camino, notó que dos desconocidos convergían rápidamente hacia él.

Antes de que pudiera aprestarse a la defensa, percibió un pinchazo en el omóplato izquierdo. Unos segundos después, se sintió acometido por un extraño vértigo.

Los desconocidos se situaron a su lado y le sujetaron por ambos brazos. La sustancia anestésica hizo efecto total diez segundos más tarde y Torres no pudo darse cuenta de que sus raptores invertían la marcha y se alejaban en dirección diametralmente opuesta.

# CAPITULO IV

Cuando despertó, se encontró metido en una cama, en un lugar que le resultaba completamente desconocido. Se incorporó sobre un codo y miró a su alrededor, tratando de recobrar la memoria.

Había sido secuestrado, no cabía la menor duda. También notó que le habían despojado de todas sus ropas, dejándole únicamente unos *shorts*. Incluso se le habían llevado el reloj, por lo que no podía saber cuánto tiempo había permanecido inconsciente. Se preguntó si su secuestro tenía alguna relación con el trabajo que le había encomendado Syra Stimson. Teniendo en cuenta lo que les había sucedido en la cabaña de la Sierra, era casi seguro de que ambos sucesos tenían un nexo en común.

Lo que no podía en aquellos momentos, era adivinar cuál era la relación. Vio una puerta, advirtió que parecía muy sólida, y desistió en el acto de intentar la fuga, sobre todo, porque la habitación carecía de ventanas. Pero no de cuarto de baño, que se divisaba a través de otra puerta entreabierta.

Levantándose de la cama, fue al baño y se mojó la cara y la nuca. Tenía la boca pastosa, sin duda, a causa del narcótico, y bebió largamente del grifo. Al terminar, se sintió un poco mejor.

Entonces, oyó el ruido de la puerta. Salió del baño.

Dos hombres, ambos armados con sendas pistolas descohesionadores, entraron y se situaron a ambos lados del umbral. Eran tipos rudos, desprovistos de escrúpulos, pero nada tontos, adivinó de inmediato.

Un tercer hombre apareció a renglón seguido. Era un sujeto alto, fornido, de pelo crespo, con algunas canas, y con el rostro oculto por una máscara rígida, de plástico metalizado. Los ojos del individuo fulguraban a través de la careta.

—Señor Torres —dijo en voz baja, muy profunda.

El joven hizo una cortesana reverencia.

—A su disposición, señor X —contestó.

—¿Cómo...? —se sorprendió el desconocido.

—La X es el símbolo de la incógnita, en las ecuaciones matemáticas. Cuando Roentgen descubrió las extrañas radiaciones, que emitían los tubos de Crro Crookes, le dio el nombre de rayos X, porque aún no sabía de qué se trataba. Todo factor desconocido suele designarse por esa letra..., y yo a usted no le conozco y, a juzgar por lo que estoy viendo, no quiere que le conozca.

—Creo que le comprendo, señor Torres —respondió el hombre de la máscara—. Bien, lo mejor será pasar al asunto que me interesa. A

usted le han encargado vender cierto cuerpo sideral.

—Nunca suelo comentar mis asuntos profesionales, con personas que no son dignas de mi confianza —respondió Torres, impasible.

—En el presente caso, tendrá que variar su costumbre. Primero dirá qué hay en ese asteroide. Y, después, renunciará a encargarse de su venta.

—Pide mucho, señor X.

—Lo justo simplemente.

—Lo justo, para sus intereses.

—Claro. —El desconocido sonrió bajo la máscara—. Mis intereses… me interesan muchísimo, valga la redundancia. Y no estoy dispuesto a que nadie los lesione.

—Siento muchísimo discrepar de usted, señor X. —Torres cruzó los brazos—. Primero, no sé qué hay en el asteroide. Segundo, voy a venderlo.

El desconocido hizo un ademán, aparentemente benigno.

—Bien, en tal caso le dejo con dos de mis más fieles amigos, Tuddy y Rolo. Ellos se encargarán de obtener las respuestas que deseo —dijo apaciblemente.

Giró sobre sus talones y se dispuso a salir. Entonces, Torres dijo:

—Adiós, señor Lugg'Brol.

El sujeto se detuvo en el acto. Luego, muy despacio, se volvió hacia Torres.

—¿Quién le ha dicho mi nombre? —rugió.

—Señor Lugg'Brol, ¿se ha mirado al espejo después de ponerse la máscara? ¡Está ridículo!

Se oyó una maldición. Lugg'Brol se arrancó la careta de un manotazo y la tiró a un rincón. Su rostro, de facciones graníticas, quedó al descubierto.

—Ya no importa que conozca mi identidad —exclamó—. Pero no lo repetirá a nadie y, además, dirá lo que quiero saber. ¡Eso es todo, señor Torres!

—Adiós, Skorphos —contestó el joven burlonamente.

Segundo después, se quedaba a solas con dos individuos cuyo aspecto no tenía nada de tranquilizador.

*

Después del estruendo causado por el portazo de Lugg'Brol. Torres emitió una risita de circunstancias, a la vez que agitaba la mano.

—Hola, Tuddy. Hola, Rolo —dijo.

Los dos sujetos se mantuvieron impasibles. Rolo enfundó la pistola y sacó un tubo de unos veinte centímetros de largo, por dos de diámetro. Presionó en un punto situado hacia la base y emergió una

larga y flexible varilla de metal, rematada en una bolita de un centímetro de grueso.

Tuddy sacó otro artefacto idéntico. A Torres se le secó la boca en el acto.

—Muchachos, no irán a utilizar «eso» conmigo —dijo.

Rolo sonrió perversamente.

—¿Por qué no? Para eso los construyen, me parece.

Claro que si quieres hablar antes de que empecemos… —añadió Tuddy—. Las cosas resultarían más fáciles para todos.

—Sobre todo, si pensamos en que luego van a despedirme.

—Ordenes son órdenes —dijo Rolo fríamente.

—Como decía aquél, «nosotros somos unos mandaos» —agregó Tuddy con gran sarcasmo.

Torres volvió a contemplar aquella especie de látigos, cuyo solo roce provocaba un vivo dolor epidérmico, semejante al escozor causado por el contacto con una medusa. Pero la medusa, se dijo, sólo urticaba en un punto y aquellos diabólicos artefactos provocaban la misma sensación en toda la piel, desde el pericráneo hasta la punta de los pies.

Retrocedió. Su espalda desnuda chocó contra el frío cemento de la pared. Rolo y Tuddy parecían gozarse con el pavor que reflejaban sus facciones.

Podría atacar a uno, pero el otro se le acercaría por retaguardia. Y con media docena de toques, sería sólo un cuerpo hirviente de dolores, que pediría a gritos ser rematado.

—Maldito Lugg'Brol —gruñó.

Rolo ganó un paso a su compinche. Sonriendo malignamente, simuló atacar con la varilla. Torres contuvo el movimiento instintivo para rechazar el toque, que no llegó a producirse. Era evidente que los dos matones querían divertirse con él antes de llegar al clímax de la tortura que pensaban infligirle.

Súbitamente, se abrió la puerta de golpe. Alguien gritó:

—¡Quietos!

Enormemente sorprendidos, Rolo y Tuddy giraron al mismo tiempo. La sorpresa de Torres no fue menor al reconocer a Syra Stimson.

Ella tenía en la mano una pistola de forma singular. Inmediatamente, apretó el gatillo.

En el pecho de Rolo brotó un terrible chispazo azulado. El sujeto aulló brevemente al ser lanzado hacia atrás con indescriptible violencia. Su varilla urticante se convirtió en un fugaz relámpago rojizo.

Tuddy corrió la misma suerte. Las dos varillas quedaron reducidas a polvo ceniciento, mientras ellos caían al suelo, completamente

inmóviles.

Torres se secó el sudor de la frente con el antebrazo. Todavía no acababa de creer en su buena suerte.

*

Syra sonreía. Iba ataviada con una especie de blusa de manga corta, verde rabioso, pantalones escarlata, muy cortos, y botas blandas, con vueltas, de medio tacón. Su espléndida cabellera negra quedaba suelta, cayendo en ondulantes mechones color ala de cuervo sobre su espalda.

Torres la miró y meneó la cabeza.

—Te faltan dos cosas —dijo.

—¿Sí, Neil?

—Un sombrerito, con una pluma, y el arco y las flechas. Parecerías un Robín de los Bosques, en femenino. La pistola desentona.

—Pero es más útil que el arco y las flechas —alegó ella desenvueltamente, a la vez que enfundaba el arma.

Torres volvió la cabeza hacia los dos caídos.

—¿Están muertos?

—No. Mi pistola dispara sólo proyectiles de alto voltaje, a muy pocos amperios. Estarán paralizados durante unas cuantas horas. Luego se recobrarán sin otros daños.

—Has llegado a tiempo —suspiró él—. Pero ¿cómo diablos...?

—Iba a verte en el hotel. Te divisé de lejos y, antes de que pudiera hacerte siquiera una seña con la mano, vi que te atacaban dos individuos. Ellos no habían advertido mi presencia, así que decidí seguirlos.

—Y así encontraste el lugar donde me habían traído.

—Sí —prosiguió Syra—. Es una casa aislada, con jardín. Me escondí detrás de un macizo, y a los pocos minutos, vi que llegaba un desconocido. Supuse que querrían interrogarte y me preparé para entrar en la casa. A los pocos minutos, el desconocido se marchó. Lo vi de espaldas, no sé quién era...

—Debieras adivinarlo —dijo él amargamente.

—¿Lugg'Brol?

—El mismo.

—Actúa rápido, Neil.

—¿A quién se lo vas a decir?

—Es curioso. Nunca pensé que se moviese con tanta rapidez... y sin ocultarse.

—Llevaba puesta una máscara. —Torres la recogió y se la enseñó a la muchacha—. La tiró cuando adiviné su identidad. Luego me dejó solo con ese par dé fieras bípedas...

—Querían torturarte, ¿por qué?,

—Primero, tiene interés en saber qué hay en Orrull-5. No te mencionó en absoluto, lo que significa que ya conoce tus intenciones de vender el asteroide. Después, dijo que no quería que yo me encargase de la venta.

—Pide mucho, Neil.

Torres se encogió de hombros.

—La puja es fuerte, por lo que hay encima de la mesa —dijo metafóricamente—. Si no te importa, buscaré mis ropas; cuando desperté aquí, estaba sólo con los *shorts*.

—Sí, será mejor que nos marchemos —convino la joven.

Minutos más tarde, Torres había recuperado su equipo, incluyendo el cinturón antigravitatorio. Una vez equipado, salió fuera y levantó el vuelo al mismo tiempo que Syra.

—Antes dijiste que ibas a verme en el hotel —recordó.

—Sí. Quería saber cómo marchan las cosas... ¿Has encontrado a tus colaboradores?

—En efecto. Pero no actuaremos hasta dentro de un par de semanas.

Syra respingó.

—¿Por qué? —se extrañó—. Me parece demasiado tiempo...

—Muñeca, nunca acostumbro a vender nada sin saber de qué se trata —dijo él sentenciosamente—. Y aunque Orrull-5 sea sólo un pedrusco sin valor, quiero echarle un vistazo.

—Te sentirás decepcionado...

—Insisto en que quiero Ver el asteroide con mis propios ojos.

—Muy bien, como quieras. Te prometí no interferir tu trabajo y cumpliré mi palabra. ¿Puedo acompañarte?

—No. Iré solo. Ya te llamaré a mi regreso. Pero sí podrías ocuparte de mantener a Lugg'Brol bajo vigilancia.

—No será difícil —contestó Syra.

—Partiré pasado mañana, a las siete de la tarde. Mientras tanto, espero conocer al Gran Senador Falkenstins, para ver de qué pie cojea.

Syra ocultó una sonrisa. Torres, pensó, iba a llevarse una buena sorpresa cuando conociese a Falkenstins.

*

El comisario Ensdel entró en su despacho y, como de costumbre, se quitó el cinturón antigravitatorio, sobre el que empezó a descargar la furia que le poseía. El teniente Rummin contempló apaciblemente la danza de su superior.

—Cuando termine, tendrá el café preparado —anunció.

—Veneno debiera darme, muchacho —dijo Ensdel, suspendiendo su taconeo.

—Lo siento. El café que nos dan es malo, pero no alcanza la categoría del cianuro.

Rummin entregó un pocillo al comisario. Ensdel sorbió la infusión ruidosamente.

—Tiene razón, muchacho; no llega al cianuro, pero le falta poco —dijo—. Bueno, creo que es hora de que conozca las malas noticias. Lo siento por Torres; se me había hecho simpático.

—¿Qué le pasa? ¿Ha muerto?

—Todavía no. ¿Recuerda la consulta que hicimos al Gran Ordenador Máximo?

—Claro, jefe. Pero no puede haber ningún error. El G.O.M. no falla nunca.

—Ahí está lo malo, que no falla.

—Pero eso no significaba que Torres esté en peligro, al menos, por nosotros. Lo detendremos y...

—Espere un momento, muchacho. Ya sabemos que Torres no es terrestre, ¿verdad?

—Según el G.O.M., así es, jefe.

—Le comuniqué la noticia al jefe, es decir, al director de Orden. Y se puso pálido.

—Vaya —murmuró Rummin pensativamente.

—Creí que le daba un ataque. El D.O., es decir, el señor Shearer, me confió algo que es un secreto solamente de los altos jefazos. Muy poca gente lo sabe... La verdad, ahora empiezo a comprender a los que se han ido a la reserva Marg. Ellos odian al G.O.M. y yo también, a partir de este momento.

—Le comprendo, pero no le entiendo. ¿Usted me entiende, jefe? ¿Eh?

—Sí, quieres decir que comprendes mis sentimientos, pero no entiendes adonde quiero ir a parar.

—Exacto —corroboró Rummin con una sonrisa de oreja a oreja.

—Los zebionitas no tolerarían que Torres muriese sin que ellos pudieran castigarle. Si sucediese tal cosa, podría producirse un *casus belli,* es decir, un conflicto en que la declaración de guerra estaría justificada. Siempre según la doctrina zebionita, claro.

—Entonces, vamos a tener que ocuparnos de que Torres siga con vida, para entregárselo a los de Zebión.

—Si podemos, muchacho —dijo Ensdel lúgubremente—. El asunto estriba en que el G.O.M. no tiene datos de Torres anteriores a su graduación en Contabilidad. Eso significa claramente que no ha nacido en la Tierra. Pero si hubiese nacido en otro planeta, el G.O.M. Io sabría también y nos lo habría dicho.

—Puede ser un dato que nadie le facilitó, para almacenamiento en sus bancos de memoria —adujo Rummin.

—Ojalá sea así —suspiró el comisario—. Porque si ese dato no aparece, el G.O.M. actuará como en los escasísimos casos que se han dado hasta ahora y que pueden contarse con los dedos de una mano, y aún sobrarían dos o tres.

—Jefe, ¿qué pasaría entonces? —preguntó Rummin, con el aliento contenido.

—Pues… el G.O.M. decretaría que Torres no existe.

—Eso es imposible. Torres es un ser de carne y hueso.

—No para la computadora. Y en el par de casos que se han dado hasta el momento, el G.O.M. ha emitido una especie de radiaciones de tan alto poder, que hicieron desaparecer absolutamente a las personas que no figuraban en sus bancos de memoria.

Rummin se espantó.

—Horrible, jefe —exclamó.

—Lo mismo pienso yo. Por eso es preciso que encontremos a Torres cuanto antes, para que no se convierta realmente en un ser que no existe. Si se puede admitir la paradoja entre el existir y el no existir.

—Es muy complicado, señor,

—Pero absolutamente cierto.

—Jefe, yo supongo que el G.O.M. tendrá un plazo para dictaminar la «no existencia» de Torres. ¿Me equivoco?

—Cuando la máquina se encuentra en una situación semejante, realiza sobre sí misma una investigación que llega hasta lo más profundo de sus bancos de memoria. Eso puede durar de tres a cuatro días como máximo. Y si no encontramos antes a Torres y le hacemos saber lo que ocurre…, puede que la semana próxima estemos hablando de alguien que nunca ha existido.

—Entonces, Zebión ya no tendrá motivos para un *casus belli* —dijo Rummin muy satisfecho.

—¿Por qué? —se extrañó el comisario.

—Es bien sencillo. Si Torres no existe, Rheik no compró nunca la Tierra.

Ensdel empezó a rumiar sobre la respuesta de su subordinado y llegó a la conclusión de que, por muy simpático que le resultase Torres, su desaparición podía evitar muchos quebraderos de cabeza. Y entonces llegó a una decisión.

—Vamos a esperar cuatro días —dijo—. Según lo que informe el G.O.M. seguiremos buscando a Torres… o rezaremos una oración por su alma.

# CAPITULO V

—He estado investigando los antecedentes de la Compañía Triplanetaria de Tierras Colonizables y he llegado a la conclusión de que se pueden aceptar sus acciones, para cotización en Bolsa —dijo Charlie Doley.

—No hacía falta que investigases esa empresa. Si me lo hubieras preguntado a mí directamente, yo te habría evitado no sólo una gran cantidad de trabajo, sino los honorarios de tus investigadores —contestó Bill Shawn.

—Ah, de modo que tenías informes sobre la Triplanetaria.

—Y un cuatro por ciento de sus acciones. Tú me conoces bien; nunca adquiero una sola acción de una compañía que me inspire la más mínima sospecha.

—Podías haberme avisado —se quejó Doley.

—No se me había ocurrido que pudiera interesarte. De todos modos, mira, casualmente viene ahí una persona que posee un gran paquete de acciones. Quizá puedas entenderte con ella.

Joyce Tucson, elegantemente ataviada, se acercó a la pareja, flotando suavemente en el aire, con los pies a dos centímetros del suelo. Al llegar junto a los dos amigos, cortó la energía del cinturón antigravitatorio y se detuvo en el acto.

—¡Señor Shawn, qué alegría saludarle! —exclamó.

El Manco se inclinó cortésmente.

—Señora, el placer es mío —dijo—. Permítame que le presente a un buen amigo y competidor mío, Charlie Doley, también agente de Bolsa. El señor Doley ha manifestado su interés por algunas de las acciones que usted posee.

—Es un valor que está actualmente en alza —contestó Joyce—. Si se pusieran a cotización, se pagarían a un veintidós y tres décimos por encima de su valor.

—Perdón, señores —intervino de pronto una mujer—. Sin querer he oído su conversación y he podido darme cuenta de que están tratando de acciones de Bolsa, de una empresa que se dedica a la compraventa de terrenos en distintos planetas colonizables.

Joyce, Doley y Shawn se volvieron en el acto hacia la desconocida, una elegante dama de unos treinta y cinco años, rubia y muy guapa.

—En efecto, señora —dijo Joyce—, Algo de eso estábamos mencionando, aunque, como comprenderá, se trata de asuntos confidenciales...

La desconocida sonrió.

—Soy Gran Senador Adriana Falkenstins, de Rott, de Vega. La

política no ha interferido nunca mis negocios. Quizá podría interesarme adquirir un buen paquete de acciones de la Triplanetaria, como la denominan ustedes. Pero ¿por qué no me aceptan una copa y podemos seguir charlando del asunto?

Shawn y Doley se inclinaron profundamente.

—Encantados —dijeron a dúo.

—Con mucho gusto —añadió Joyce.

Adriana les invitó a su mesa, en donde empezaron a cambiar impresiones sobre el asunto. Al cabo de media hora, Adriana formuló un compromiso verbal de adquirir acciones de la Triplanetaria, por valor de dos millones de units.

—De modo que usted también se dedica a la compraventa de terrenos —dijo Joyce, mirando a la hermosa forastera por encima de su copa de champaña.-

—No puedo remediarlo; soy una especuladora incorregible —sonrió Adriana—. Compro tierras por todas partes. Muchas veces, resultan ser unos eriales, pero, tarde o temprano, se revalorizan y..., usted me comprende, supongo.

—Sí, claro...

Mientras las dos mujeres hablaban entre sí, Doley y Shawn mantenían una conversación aparentemente distinta.

—Me han hablado de un asteroide muy productivo, pero lo venden entero, en bloque. El propietario no quiere parcelarlo.

—Pedirá un precio enorme, me imagino.

—Psé, alrededor de los noventa millones. Un pedrusco así puede proporcionar un mil por ciento de beneficio...

—Perdón —dijo Adriana, volviéndose hacia los dos sujetos—. ¿Están hablando de un asteroide en venta?

—Así es, señora —contestó Doley—. Lo malo es que el precio resulta excesivo para cualquiera de nosotros, individualmente, por lo cual estamos pensando en unirnos para formar una sociedad y poder comprar el asteroide.

—Una sociedad —repitió Adriana pensativamente—. Quizá me interesaría a mí formar parte de ella.

—Todavía no hemos llegado a un acuerdo definitivo. Antes de dar ningún paso, esperamos el informe de nuestro geólogo jefe. Acaba de partir hacia el asteroide y no regresará hasta dentro de cuatro semanas. Entonces, con su informe en las manos, decidiremos o no la compra de ese pedrusco espacial,

Adriana sonrió.

—Si el informe resulta positivo, ¿contarán conmigo? Dispongo de fondos... prácticamente ilimitados.

—Tendremos que estudiar la cuestión —respondió Shawn.

—Oh, no corre prisa. Pienso permanecer todavía un año en la

Tierra. Hay tiempo para hacer negocios, amigos míos.

Joyce levantó su copa.

—Por nuestros negocios —brindó.

*

Neil Torres se levantó de la cama, fue al baño, tomó una ducha, se afeitó y luego se encaminó a la cocina de la astronave, en donde se preparó un sólido desayuno, puso los cubiertos en el fregadero automático y arrojó los platos al triturador de desperdicios. Acto seguido, se colocó un cigarro entre los dientes y aspiró placenteramente la primera bocanada de humo, mientras caminaba hacia la cabina de control.

Indolentemente recostado en su sillón, con las manos en la nuca, el piloto, Jerry Long, contemplaba el espectáculo del cielo punteado por billones de chispas luminosas de todos los colores. Sin volverse, Long dijo:

—Todo marcha bien, Neil. Estamos a dos horas de la velocidad máxima, que nos permitirá el salto espacial. ¿Sabes?, puede que te ahorre dos semanas de viaje.

—Hombre, eso estaría muy bien —contestó el joven—. ¿Cómo te las has arreglado?

—Tendrás que pagarme. He comprado el último modelo de calculador de rumbos, con dispositivo automático, lo que nos permitirá ahorrarnos nada menos que cuatro saltos al subespacio y surgir a menos de una hora-luz de Orrull-5.

—Una hora-luz, que representa...

—Mil ochenta millones de kilómetros. Luego volaremos a velocidades sublumínicas, decelerando gradualmente, hasta hallarnos dispuestos al aterrizaje en el asteroide, veinticuatro horas más tarde.

—En total...

—Tres días y medio de viaje de ida, Neil.

Torres palmeó satisfecho el hombro de su amigo.

—Eres un tipo inapreciable, Jerry —dijo—. No sólo te pagaré el chisme ese que has comprado, sino que añadiré una gratificación extra por el viaje.

—Gracias, Neil. Y, dime, ¿tan interesante es para ti explorar ese pedrusco perdido en la inmensidad del espacio?

—Sí, Jerry.

Long soltó una risita.

—¿Fabricarás una caja forrada de terciopelo? —preguntó.

—¿Cómo? No te entiendo...

—Está claro, hombre. —Long rió estruendosamente—. La caja es para que guardes en ella la piedra y se la entregues al comprador.

Torres meneó la cabeza.
—Jerry, esta vez la cosa es más seria —dijo.
—¿Si? ¿Es una operación auténtica?
—No lo sé a ciencia cierta. Sólo puedo decirte que ese asteroide encierra algo terriblemente interesante y que yo quiero averiguarlo a toda costa. Puede que la operación fracase, si veo que el asunto es demasiado turbio, pero no te preocupes; tú no perderás absolutamente un décimo de unit.
—Ojalá tengas suerte, Neil.
—Gracias, Jerry.
Torres dio una chupada a su cigarro. De pronto, sintió una especie de vahído y se quejó ligeramente.
Long volvió la cabeza.
—¡Neil! ¿Qué te sucede? —gritó.
El piloto se levantó de un salto. Frente a él, de pie, Torres parecía disolverse lentamente en el aire.
Era como una silueta humana, a través de la cual podían verse los objetos con toda claridad. El cuerpo de Torres se había vuelto súbitamente transparente.
Pero aquella transparencia duró muy pocos segundos. Torres se corporeizó de nuevo y apareció ante los ojos de su amigo, lacio, desmadejado y con el rostro completamente descolorido.
Las piernas se negaban a sostenerle y tuvo que sentarse en el sillón. Sacó un pañuelo y se enjugó el sudor frío que Cubría su frente.
—No sé qué me ha pasado... Pensé que perdía el conocimiento...
—Te volvías transparente —dijo Long, todavía muy asuntado—. ¿Acaso tienes poderes especiales? He oído decir que algunas personas pueden autotransportarse a enormes distancias.
—Lo ignoro, Jerry. Es la primera vez que me sucede una cosa semejante y, por supuesto, carezco de esos poderes a los que aludes. Quizá algún día consiga hallar una explicación, pero, por el momento, me resulta tan extraño y desconocido como a ti.
Long asintió, a la vez que se encaminaba hacia la cocina.
—Te traeré un poco de café con coñac. —dijo por encima del hombro. Y, para sí, añadió—: En el espacio siempre pasan cosas raras y pocas veces se consigue una explicación satisfactoria.
Se estremeció.
—¡Dios, estuvo a punto de desaparecer como si jamás hubiera existido!

*

—Odio a esa máquina —dijo el comisario Ensdel.
El teniente Rummin hizo un gesto de asentimiento.

—Comparto su odio, jefe. El G.O.M. es inhumano y no lo digo porque sea una máquina. No tiene sentimientos...

Ensdel se dejó caer sobre su butacón.

—En fin, al menos, podemos decir que el conflicto con Zebión ha quedado zanjado. El gobierno ha devuelto a ese estúpido Rheik el dinero que le estafó Torres y ahora se volverá a su casa. Tengo entendido que ya es la rechifla general en Zebión. Tendrá que dimitir de su cargo... Hasta creo que han compuesto una canción burlesca sobre el tema.

—Tendrá un éxito loco —vaticinó Rummin. Suspiró—. De modo que Torres ya no existe.

—No. La verdad, aunque pensaba que era la mejor solución, siempre me resultó simpático. Hemos de admitir que era un tipo fresco, un verdadero «cara dura», pero nunca lesionó a nadie, físicamente hablando, por supuesto, y siempre «limpió» los bolsillos de personas poco escrupulosas. De verdad, Rummin, a pesar de lo que dije, traté de evitarlo. Hablé con el director de Orden, le pedí, incluso, inventarnos unos antecedentes para Torres, pero el gran jefazo se negó en redondo.

—Tiene miedo de perder su puesto.

—Claro. Y, sobre todo, lo que quería era presentar el caso como resuelto. A él qué le importa la vida de una persona, si con ello hace méritos ante el Primer Primer Ministro.

—¿Sabe lo que ha dicho Sycamore?

—Sí. Particularmente, lo lamenta, pero no podía ordenar que se alterasen las decisiones de la máquina.

—Esa máquina odiosa... Si supiera cómo hacerlo, la destruiría, jefe —exclamó Rummin rabiosamente.

—Es imposible. ¿Cómo se puede destruir un ordenador que ocupa un espacio de casi dos kilómetros cuadrados y tiene la altura de una casa de treinta pisos? Necesitaría una docena de bombas atómicas, que explotasen en su centro y... ¿quién es el guapo que dispone de esos «petardos»? Por otra parte, una bomba cualquiera apenas causaría desperfectos y el G.O.M. «echaría mano» de los circuitos de reserva, mientras se reparaban los averiados.

—En resumen, sólo nos queda el recurso de rezar por Torres.

—Sí, porque ni siquiera podemos enviarle una corona de flores a su tumba —resumió así el comisario Ensdel sus melancólicos pensamientos.

# CAPITULO VI

Sentado junto al piloto, Torres hizo un ademán con la mano.

—Ahí, Jerry —indicó.

—Sí, es un buen sitio para aterrizar —convino Long.

Expertamente pilotada, la nave se movió con gran lentitud, adelante y a la derecha al mismo tiempo, hasta quedar situada bajo un colosal saliente rocoso, semejante a una gigantesca marquesina, de casi trescientos metros de largo y cuyo borde externo quedaba a unos cincuenta del suelo. Long hizo funcionar los chorros que contrarrestaban los empujes hacia adelante y a la derecha y la nave se detuvo. Luego, muy lentamente, acabó por posarse en tierra, apoyada en cuatro patas telescópicas, que se acomodaban automáticamente al nivel del terreno, a fin de que el aparato quedase horizontal.

El saliente rocoso les protegería casi por completo de la observación radárica de posibles y no deseados visitantes. Desde su puesto, Torres contempló durante unos instantes el horrendo panorama que se extendía ante sus ojos.

Orrull-5 era un asteroide de forma irregular, con el suelo salvajemente agitado en tiempos remotísimos por tremendas convulsiones plutónicas. La superficie se había solidificado por el vacío espacial, pero las huellas de las catástrofes ocurridas miles de millones de años atrás, saltaban a la vista por todas partes.

Gigantescos bloques .basálticos se alzaban a alturas impresionantes, a veces hasta de dos y más kilómetros. En otros sitios se divisaban espantosas grietas, de unos pocos cientos de metros de anchura, pero de varios kilómetros de profundidad, colosales cañones de aspecto indescriptible. En otros sitios había señales de gigantescos derrumbamientos de laderas rocosas y huellas indudables de colisiones cósmicas y explosiones volcánicas, ocurridas antes del enfriamiento del asteroide.

El color general era rojizo, pero no se debía al óxido de hierro, dedujo Torres muy pronto. Se preguntó qué podía haber en aquel diminuto corpúsculo espacial, por qué era de Syra y qué motivos tenía para venderlo.

—Una exploración a fondo me permitiría sacar conclusiones positivas —se dijo.

Luego se volvió hacia Long.

—Voy a prepararlo todo para salir a explorar —anunció.

—Necesitarás ayuda, supongo.

—Ya me arreglaré yo solo, gracias.

—Neil, los amigos están para dar algo más que buenos consejos —

dijo el piloto—. Anda, vamos y dime qué he de hacer.

—Está bien, como quieras. En primer lugar, nos pondremos los trajes de vacío, puesto que en Orrull-5 no hay atmósfera. Luego...

*

La escasa gravedad que había en el asteroide tenía que ser contrarrestada por los cinturones especiales, que proporcionaban al cuerpo un peso real, lo que permitía a los dos hombres moverse sin demasiadas dificultades por aquel terreno tan accidentado. El primer día se les pasó casi íntegro en transportar a brazo los aparatos que Torres iba a necesitar para la operación.

El segundo día, Torres envió al interior del asteroide una sonda automática, provista de barrenadora, que le permitía perforaciones de hasta veinticinco kilómetros en vertical. El trabajo quedó concluido al final de la jornada.

Al tercer día, Torres dio principio a la operación propiamente dicha. La sonda estaba conectada por un cable coaxial, que se ramificaba en otros, a los distintos aparatos de medida e identificación que había traído consigo en la nave. Una hora después del desayuno, puso la maquinaria en funcionamiento.

Transcurrió otra hora. Torres, sentado frente al panel principal de mandos, aguardaba pacientemente.

De pronto, una de las agujas indicadoras empezó a moverse. Más esferas registradoras dieron señales de actividad.

Los aparatos de control habían sido instalados en una cúpula estanca, lo que les permitía quitarse el casco espacial. Al cabo de una hora más, el pequeño ordenador que centralizaba y resumía las operaciones, emitió un chasquido y una tarjeta impresa.

Torres cogió la tarjeta, la leyó y dio un tremendo respingo.

—¿Qué pasa, Neil? —preguntó Long.

El joven inspiró con fuerza. Luego pasó la tarjeta a su amigo.

—Lee tú mismo, Jerry —invitó.

Long paseó la vista por los renglones impresos.

—¡Rayos! —exclamó.

—Podrías añadir: «Y Centellas» —sonrió Torres.

—Oh, no me costaría nada. La cosa merece la pena de unos cuantos juramentos, para desahogo.

—Sí, estoy de acuerdo contigo.

Long miró de reojo a su amigo.

—Jerry, ¿sabes que si vendes este asteroide, harás por primera vez una operación honrada?

—¿Vender el asteroide?

—Bueno, eso es lo que te han encargado, me parece.

—Sí, pero ahora empiezo a dudar de que sea una operación convincente.

—No te entiendo, Neil...

—La dueña quiere ciento cincuenta millones.

—Vale diez veces más —afirmó el piloto.

—Sí, pero si se conforma con esa suma, ¿por qué pagarle una superior?

—Neil, ¿debo deducir que estás pensando tú en convertirte en comprador, en lugar de ser el vendedor?

—¿Te parecería mal, Jerry?

Long se encogió de hombros y volvió a mirar la tarjeta.

—A mí me parecería estupendo. Lo malo es que sólo puedo ayudarte con doscientos ochenta y siete mil, cuatrocientos treinta y tres units, más tres décimos de unit.

—Ese es el importe de tu factura, Jerry —se sobresaltó el joven.

—Ese es todo el dinero de que dispongo en estos momentos. Si quieres, lo invierto en el asteroide..., pero, dime, ¿de dónde piensas sacar el resto?

Torres se acarició la mandíbula pensativamente.

—No sé. Tendré que pensar algo...

—Neil, ciento cincuenta millones no se encuentran precisamente en el cubo de la basura.

—Lo sé, lo sé, pero ya se me ocurrirá algo. —Torres miró pensativamente a su alrededor—. ¿Por qué querrá esa chica vender a precio tan ridículo un asteroide por el que podría obtener un precio diez veces superior?

—Deberías preguntárselo a ella, me parece —sugirió Long.

—Veremos —contestó el joven—. Primero, trataré de encontrar los ciento cincuenta millones. Si lo consigo, no tendré necesidad de hacerle esa pregunta.

—Pero ella te sugirió un posible comprador...

—Más bien lo señaló, aunque, sin embargo, en ningún momento me ordenó vendiera Orrull-5 al Gran Senador Falkenstins. A fin de cuentas, lo que desea es vencer, ¿no?

—Muy cierto —concordó Long—. Y, ya sabes, te deseo mucho éxito; y si necesitas el dinero de mi factura...

—Gracias, Jerry; tenemos tiempo suficiente para pensarlo. ¿Empezamos a recoger las cosas?

—Como tú digas.

Repentinamente, el suelo trepidó.

Pareció como si el asteroide hubiera sufrido el impacto de un meteorito. Un instante más tarde, algo que volaba a enorme velocidad, perforó la cúpula estanca y el aire de su interior empezó a escaparse al vacío.

*

Por el agujero abierto por el desconocido proyectil, salía un diminuto chorro blanco, que era el aire, instantáneamente congelado al contacto con el vacío sideral. La cúpula no era demasiado grande y corría el peligro de perder la presión en menos de un minuto.

Torres, sin embargo, era hombre que no dejaba nada al azar. Al montar la cúpula, había instalado también el dispositivo de seguridad. Apenas el barómetro interno señaló la baja de presión, un tubo se abrió y expelió a lo alto varios glóbulos de una sustancia gomosa, muy ligera que, inmediatamente, fueron arrastrados por la corriente de aire hacia el orificio. El primer glóbulo taponó el agujero y la baja de presión cesó en el acto.

Entonces, Long lanzó un terrible grito:

—¡Neil! ¡Mira, están destruyendo mi nave!

Torres volvió la vista. El navío espacial se hallaba a unos dos mil metros de distancia. Situado frente a su costado de babor, a unos ochocientos metros, había otro aparato, casi idéntico, de cuya proa salían continuamente largos chorros de luz, que iban a estrellarse contra la nave de Long.

Las explosiones eran casi ininterrumpidas. Alguno de los impactos se producía en el suelo y las rocas volaban pulverizadas en todas direcciones, despidiendo esquirlas a gran distancia. Una de aquellas esquirlas, lanzada tan lejos por la escasa gravedad de Orrull-5, era la que había agujereado la cúpula de presión.

Torres no tardó mucho en decidirse.

—¡El casco! —exclamó—. ¡Rápido, póntelo, ‘Jerry!

El piloto no se demoró en cumplir la orden. Torres se puso el suyo y, apenas comprobó el perfecto funcionamiento del suministro de aire, movió el interruptor que permitía salir al exterior.

Para evitar la pérdida de tiempo, no se molestó en recuperar el aire contenido bajo la cúpula, como solían hacer en otros momentos. Apenas estuvo fuera, agarró el brazo de su amigo y tiró de él con todas sus fuerzas.

—Neil, estamos perdidos... —gimió el piloto.

—No uses la radio —ˆdijo Torres, tajante.

Long comprendió en el acto la sensatez de la orden. Los que atacaban su nave podían escucharles y así conseguirían localizarles. Desmoralizado, se dejó arrastrar por el joven.

Momentos después, Torres saltaba al otro lado de un pequeño muro rocoso, desde el que disponían de una excelente vista del terreno. Casi en el mismo instante, se produjo una espectacular explosión.

La nave voló en millones de fragmentos, con un atroz relámpago que borró por un instante la noche sideral. Long lloró lágrimas de sangre al ver destruido el aparato que tanto apreciaba.

Torres le palmeó las espaldas. Luego, pegando su casco al del piloto, dijo:

—No te preocupes; ya te compraré otra nave.

Y decidió concentrar su atención en las posibilidades de supervivencia que, a juzgar por las apariencias, eran más bien escasas.

Si la nave desconocida levantaba el vuelo después de su ataque, aquellas posibilidades podían considerarse como nulas.

# CAPITULO VII

La astronave atacante se elevó un poco y luego voló con lentitud hacia el lugar donde habían efectuado los sondeos geológicos. Torres observaba todos sus movimientos, mirando a través de una rendija que había entre dos pedruscos. Empezó a sospechar que los desconocidos buscaban algo más que la destrucción del aparato de Long.

Los tripulantes de la astronave parecieron divisar de pronto el conjunto de instrumentos, porque el navío espacial detuvo su movimiento y se le vio sacar las patas del tren de aterrizaje. Torres acercó su casco al de su amigo.

—Alguien va a desembarcar —anunció.

—Y no tenemos encima ni un mal cortaplumas —dijo el piloto afligido.

—Quizá podamos hacer algo. Espera. No abras la boca, Jerry.

Aguardaron con los nervios en tensión. Al cabo de unos minutos, se abrió una escotilla y dos hombres, equipados con trajes espaciales, saltaron al suelo. Torres observó que iban armados con sendas pistolas que disparaban proyectiles de alto poder explosivo.

Los dos individuos, cuyos rostros resultaban invisibles a causa de los cascos, se situaron a poca distancia de la deshinchada cúpula de presión y empezaron a disparar sus armas. En pocos segundos, todos los instrumentos saltaron hechos pedazos por los aires.

Ahora se marcharían, pensó Torres, y les abandonarían en el asteroide, con aire sólo para un par de horas más, sin emisora de radio para lanzar una llamada de socorro... Su porvenir no tenía nada de halagüeño.

Había que hacer algo y rápidamente, se dijo. De repente, se le ocurrió una idea.

Era peligrosa, pero existían ciertas posibilidades a favor. Quedándose inactivos, la muerte de los dos era segura.

—Agarra una buena piedra, Jerry, y quédate aquí hasta que yo te haga una señal —dijo—. Por lo que más quieras, no uses la radio.

Long asintió. Torres vio que los dos desconocidos estaban examinando los destrozos causados por sus disparos. No tardarían mucho en dar media vuelta.

Entonces, se puso en pie sobre el parapeto y agitó los brazos. Uno de los sujetos le vio y alzó la pistola, pero no tuvo tiempo de disparar, porque el joven desapareció instantáneamente de su vista.

—¡Vamos, tú! —gritó el hombre, a través de la radio—, ¡Están ahí, al otro lado de esas rocas!

Los dos atacantes echaron a correr, salvando en pocos instantes la distancia que les separaba del lugar donde habían visto a Torres. Long, agazapado tras una gran roca, tenía en las manos un pedrusco del tamaño de la cabeza de un hombre.

Torres se había alejado una veintena de pasos. Vio un grueso monolito basáltico y pasó al otro lado. Al pie encontró una buena piedra, de la que se apoderó inmediatamente.

Mientras, los otros dos salvaban el parapeto. Tras detenerse un instante, continuaron su carrera.

Entonces, Torres movió una mano. Long arrojó su piedra con ambas manos, haciendo el máximo esfuerzo. El proyectil alcanzó un casco espacial y lo quebró como si hubiera sido una olla de barro. '

El aire se escapó inmediatamente. Un hombre se debatió con espantosos movimientos, pero la muerte por descompresión llegó en escasos segundos y cayó al suelo.

El otro, desconcertado, sé detuvo. Volvió la cabeza un instante y, entonces, otro proyectil llegó volando a gran velocidad.

La piedra era un tanto plana y tenía aristas muy afiladas. El sujeto la vio llegar y trató de esquivarla, sin conseguirlo del todo. Una de las aristas, con el filo de un cuchillo, rasgó la manga izquierda de su traje de vacío.

El aire salió a chorros, en forma de nubes blanquecinas. Desesperado, el sujeto llevó la mano a la manga, intentando contener la pérdida de aire, pero el rasgón era demasiado grande y no pudo conseguirlo del todo. Unos segundos más tarde, se desplomaba al suelo.

*

Torres abandonó su escondite y corrió hacia los caídos. Long se le unió en el acto.

El joven se inclinó sobre el sujeto que tenía más cerca y le quitó el casco. Una exclamación de sorpresa brotó de sus labios.

—¡Rolo!

Long estaba inclinado sobre él, sin atreverse a hablar. Torres repitió la misma operación, aunque ya se imaginaba la identidad del segundo muerto. Al terminar, se volvió hacia su amigo y le hizo señas de que se aproximase.

—Neil, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Long.

—Vamos a apoderarnos de la nave, Jerry.

Long se espantó.

—Debe estar llena de gente...

—No lo creas —contradijo Torres—, Este es un asunto en el que interesa haya mezcladas muy pocas personas. Apostaría doble contra

sencillo a que sólo el piloto está allí.

—Puede que tengas razón —admitió Long—. Pero ¿cómo lo vamos a hacer?

—Es bien sencillo. Todos los trajes espaciales son idénticos, salvo por las medidas corporales. Tú y yo tenemos una estatura aproximadamente igual a la de estos dos asesinos. Pasaremos por ellos... hasta estar en el interior de la nave. Déjame actuar a mí, ¿eh?

—De acuerdo.

—Ah, te llamas Rolo. Yo soy Tuddy. —Torres se volvió y lanzó una mirada a los dos cuerpos que yacían en el suelo, en retorcidas posturas—. Así se llamaban este par de asesinos.

Luego miró a su amigo y sonrió, a la vez que palmeaba uno de los bolsillos exteriores de su traje.

—Pero lo importante de todo está aquí, conmigo —añadió.

Movió la mano.

—Anda, vamos, Jerry.

Provistos de las pistolas de los dos muertos, echaron a andar hacia la nave. De pronto, oyeron una voz por la radio:

—¿Cómo ha sido la cosa? —preguntó el piloto.

—Deberías haberte traído una botella de champaña, para celebrarlo —contestó Torres riendo.

—Bueno, si no hay champaña, tomaremos whisky. Vamos, de prisa, ya hemos perdido demasiado tiempo.

—Tómatelo con calma, chico. Hemos hecho lo que interesaba hacer y la vuelta no es ya tan urgente.

Torres y Long alcanzaron la esclusa momentos después. Cruzaron el umbral y la compuerta exterior se cerró tras ellos. El piloto bombeó aire hasta conseguir la presión normal, instante en el que se encendió una luz verde sobre el dintel de la compuerta interna. Entonces, Torres y su amigo pudieron quitarse los cascos.

—Yo me encargaré del asunto —susurró el joven.

La compuerta se abrió. Torres apreció inmediatamente que la nave era de tipo estándar, casi idéntica a la de Long. Pistola en mano, avanzó cautelosamente a' lo largo del corredor que conducía al puente, mientras su amigo quedaba en las inmediaciones de la esclusa, a fin de prevenir la posible aparición de un enemigo.

Segundos más tarde. Torres llegaba a la cabina de mando. El piloto, acomodado en su sillón, se concentraba en el control de los instrumentos.

—Hola —dijo Torres.

—¿Eres tú, Rolo? Convendría que os acomodaseis cuanto antes; vamos a despegar de inmediato...

—No soy Rolo.

El piloto respingó primero. Luego, lentamente, se puso en pie y

miró al joven con ojos desorbitados. Sonriendo satisfecho, Torres movió la mano armada.

—Salga de ahí —ordenó.

El hombre obedeció de inmediato, con las manos a la altura de los hombros.

—¿Cómo se llama? —preguntó Torres.

—F… Fred Co… Cooke…

—Muy bien, Fred Cooke. Resulta que Rolo y Tuddy cayeron en una trampa y, a estas horas, están disfrutando del agradable calorcillo que hay en el infierno. Es posible, incluso, que dispongan de una caldera individual; me imagino que Satanás habrá sido muy complaciente con unos tipos como ellos. Pero, dejemos esto y dígame, ¿hay más gente a bordo?

Cooke hizo un gesto negativo. Entonces, Torres se puso dos dedos en la boca y emitió un largo silbido.

—¡Jerry, ven!

Long acudió a los pocos segundos.

—¿Todo bien, Neil? —preguntó ansiosamente.

—Estará bien si me dices que puedes pilotar este chisme —rió el joven.

—Claro. Es de la serie inmediatamente anterior a la mía…

—Entonces, no hay motivos para preocuparnos. Pero, en cambio, el amigo Fred sí se va a preocupar un poco. Jerry, alista un bote salvavidas, con víveres para cuatro semanas. Quítale la radio; no quiero que este bergante se «chive» antes de tiempo. Cuando lo tengas preparado, avísame.

—Está bien, Neil.

Long giró en el acto. Los ojos de Cooke rodaron en sus órbitas.

—¿Va… van a abandonarme? —preguntó tembloroso.

—Eso es justamente lo que vamos a hacer…

—¡Espere! —chilló el piloto—. Lléveme a la Tierra; les diré quién nos ordenó venir aquí…

Torres le miró con dureza.

—Skorphos Lugg'Brol -—dijo—. Tuddy y Rolo ya tuvieron el honor de enfrentarse conmigo en una ocasión y perdieron. Pero como no escarmentaron, se los ha llevado el diablo. Y yo espero que esto le sirva de escarmiento a usted. No me hacen falta sus informaciones; he decidido dejarle en un bote salvavidas y eso es lo que haré.

Los hombros de Cooke se hundieron. Resignado a su suerte, no se atrevió a despegar los labios nuevamente.

Una hora más tarde, Long hacía despegar la nave.

—¿Y ahora, Jerry? —exclamó.

—¡A la Tierra! —ordenó el joven resueltamente—. Vamos a ver si encuentro ciento cincuenta millones de units y me convierto en el

propietario de un asteroide que vale diez veces más.

*

La pantalla mostraba una enorme sala, en la que se movían personas de ambos sexos, muchas de ellas gesticulando vivamente. Un continuo rumor de voces brotaba a través del altoparlante. De pronto, la cámara enfocó una gran pizarra.

—¡Caramba, cómo han subido las acciones de la Triplanetaria! —exclamó Doley.

Adriana alargó un poco el cuello.

—Compro todo el paquete de acciones —dijo.

—Es un valor que tiende a subir todavía —alegó Shawn.

—No importa. Pagaré un cinco por ciento más de lo que se cotiza en estos momentos.

Joyce pareció reflexionar.

—Bueno, si tanto empeño tiene, señora...

—Por favor —rió Adriana—, llámame por mi nombre, querida.

—Como quieras —sonrió Joyce—. Señor Shawn, podría ir preparando los documentos para la transferencia de los valores.

—Sí, señora Tucson, ahora mismo —respondió El Manco.

Adriana abrió su bolso y sacó un talonario de cheques.

—¿Cuál es la cifra exacta? —preguntó.

Doley sacó una diminuta calculadora.

—Yo diría que... —meneó la cabeza—. Señora Falkenstins, temo que el total va a resultar un poco elevado.

—Oh, qué tontería. Creo haber dicho que dispongo de fondos ilimitados. Vamos, dígame la cifra de una vez, amigo Charlie.

Las pestañas de Adriana aletearon incitantemente. Doley tragó saliva. Aquella mujer era muy hermosa. Lo tenía todo; belleza, fortuna...

—Y llámame Adriana —agregó ella.

Joyce ocultó una sonrisa. Doley se puso colorado hasta las orejas.

—E... está bien. La cifra total es de cuatro millones, ochocientos veintisiete mil doscientos diez units...

Joyce empezó a pensar qué diría la Gran Senador cuando se enterase de que lo que había visto en la pantalla del televisor no era sino una filmación trucada. Y lo peor de todo era que Neil no estaba allí para aconsejarles.

Se sintió tentada de impedir la operación, pero Adriana había firmado ya el cheque y se lo entregaba a Doley.

—Envíenme los documentos al hotel —dijo.

—Sí, sí, señora...

Adriana se marchó. Los tres compinches quedaron a solas unos

momentos.
—Aquí va a pasar algo gordo —gimió Doley.
—Ese condenado Neil… ¿Por qué no habrá vuelto ya? —exclamó Joyce, exasperada.
—Como se descubra el pastel, estamos perdidos —rezongó Shawn.
—Además, yo le gusto —dijo Doley—. No me hace feliz la idea de engañar a Adriana…
—Ya es tarde para echarse atrás —exclamó Joyce—. Hicimos un trato con Neil y debemos cumplirlo.
—Sí, pero me gustaría tenerlo aquí. El sabría cómo solucionar este asunto. Vamos a entregar a Adriana un puñado de papeles sin valor. Tarde o temprano, se enterará de que la Triplanetaria no existe y entonces se armará una buena.
—Espera un momento —dijo Shawn—. Adriana es Gran Senador del Parlamento de Rott, de Vega.
—Sí, claro…
—Tiene una elevada posición social y política. Si se entera de que la hemos «desplumado», se llevará un gran disgusto, lógicamente, pero callará. No querrá hacer el ridículo, como G'Hadur Rheik. Perderá la «pasta» y se volverá a casita, con la cabeza gacha, pero con el pico cerrado.
—Sí, creo que tiene razón —convino Joyce, ya más animada—. No dirá nada, para evitar las burlas. Y esta operación puede servir para que compre el asteroide…, siempre que Neil vuelva a tiempo y Adriana no se entere de que la hemos estafado.
Miró a Doley y añadió:
—Confía en ti, Charlie. Trata de retrasar el momento de la entrega de las acciones. Ve a verla y dile que calle la operación, para evitar especulaciones a la baja, que causarían pérdidas en los valores. Así ganaremos tiempo, ¿entiendes?
Doley se levantó en el acto.
—Es una excelente idea —sonrió. Y se alejó silbando una alegre cancioncilla.
—Bueno, ¿y qué hacemos nosotros mientras? —exclamó Shawn.
Joyce sonrió maliciosamente.
—Adivínalo, Bill —dijo, a la vez que le tendía los brazos.

# CAPITULO VIII

Tocó con los nudillos en la puerta y esperó unos instantes. Al fin, Syra abrió y fijó la vista en el hombre que tenía ante sí.

—Bueno, ya está aquí —exclamó.

—Acabo de volver —dijo Torres.

Ella se echó a un lado.

—Pase.

Torres cruzó el umbral. Syra vestía una bata corta y se fue al otro lado de un biombo, para vestirse.

—Hable —invitó.

—Estuve en Orrull-5.

—¿Y bien?

—Lugg'Brol envió a dos de sus sicarios, para quitarme de en medio.

—No lo ha conseguido, veo.

—Eran conocidos. Tuvieron mala suerte.

Syra volvió la cabeza.

—¿Los mismos de la casa?

—Sí.

—¿Qué pasó?

—Nos atacaron, nos defendimos.

—Así de sencillo, ¿eh?

—No hacen falta más explicaciones.

—Bien, ya veo que ha sabido salir ileso. ¿Qué le ha parecido el asteroide?

—¿Por qué quiere venderlo, Syra?

Elia abandonó el biombo y se atusó los cabellos con ambas manos.

—Ese es un asunto mío —respondió—. Le ofrecí una buena comisión. Véndalo y no se hable más.

—De acuerdo, pero usted me aconsejó un posible comprador...

—Es compradora. —Syra sonrió—, A. Falkenstins significa Adriana.

—No me. imaginé que... —Torres enarcó las cejas—. Bueno, lo mismo da. Pero un consejo no es lo mismo que una orden.

—Evidentemente.

—Y eso significa que puedo vender el asteroide a quien me parezca.

—Yo le indiqué a la señora Falkenstins porque sé que ella puede disponer en el acto de los ciento cincuenta millones. Pero si encuentra otro comprador..., véndalo, sea quien sea.

—Aunque se trate de Lugg'Brol?

—Ese lo que quiere es que no venda.

—¿Por qué?

—Le debo dinero. Quiere quedarse el asteroide por una suma ridícula.

—¿Cuánto?

—Doce millones.

—Una tontería —refunfuñó Torres.

—Es lo que he dicho siempre.

—De modo que le debe dinero…

—Tiene un pagaré mío y vence dentro de cinco semanas. Naturalmente, si vendo antes del plazo, él se quedará con un palmo de narices.

—Lo cual quiere decir que Lugg'Brol sabe qué es lo que tiene de valioso el asteroide.

—Es sólo un pedrusco…

—Vamos, vamos, encanto, ¿a quién tratas de engañar? —dijo él bruscamente—. Vengo de allí, he hecho una exploración geológica. «Sé» perfectamente de qué está constituido el núcleo de Orrull-5, una especie de bola de unos cinco kilómetros de diámetro. Llevé los más perfectos instrumentos de análisis y medida. Y supe la respuesta. ¿Entendido?

—De acuerdo, de acuerdo; sé lo que contiene Orrull-5. Pero necesito el dinero desesperadamente.

—¿Tienes más deudas?

Ella volvió la cabeza.

—Mi padre está preso en Zebión —murmuró—. Se metió en un asunto ilegal, engañado por supuesto… y le condenaron a una multa de cien millones, con alternativa de cárcel perpetua, si no pagaba. Cuando reúna el dinero, conseguiré su libertad…

Torres se sentó en el suelo, luego se tendió cuan largo era y, de pronto rompió a reír estrepitosamente. La joven le miró como si se hubiese vuelto loco de repente.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Estás borracho?

—No, mujer. Es que me he tumbado… para no caerme de risa con esa historia tan lacrimógena. De verdad, podrías haberte inventado otro cuento más fácil de digerir.

Syra pateó el suelo coléricamente.

—Es la verdad, lo creas o no —gritó.

Torres volvió a incorporarse.

—Entonces, ¿para qué demonios le pediste dinero prestado a ese bandido de Lugg'Brol?

—Teníamos algunas pequeñas propiedades… Los gastos del juicio fueron muy cuantiosos. Pensé que podría sobornar a los jueces… Prácticamente, me gasté los doce millones… Sólo me queda lo justo

para la cuenta del hotel durante una semana. Después...

—Empiezo a creer que me estás diciendo la verdad —murmuró él—. Bueno, si es así, trataré de sacarte de este apuro. Pero no será fácil.

—Nunca esperé que lo fuera, Neil.

—Sí, ya me lo imagino. Syra, en resumen, no te importa quién sea el comprador, con tal de que pague ciento cincuenta millones.

—Así es —confirmó ella.

Torres se encaminó hacia la puerta.

—Quizá, antes de una semana, haya encontrado a ese comprador —se despidió.

*

La puerta se abrió de golpe. Joyce lanzó un chillido y se sentó en la cama. Shawn se cubrió la cabeza con las sábanas.

—No temas, encanto, no soy tu esposo —rió Torres.

Shawn asomó un ojo.

—Al fin has vuelto —dijo.

—Ya pensábamos lo peor de ti —añadió Joyce.

—Estoy agradablemente vivito y coleando, aunque no será por falta de las ganas que otros tienen de verme en el otro mundo —respondió Torres—. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Bien. —Joyce saltó de la cama y se puso una bata—. Ya le hemos sacado más de cuatro millones a la señora Falkenstins.

—Pero no podemos seguir así mucho tiempo. En cualquier momento, se destapará el papel y se organizará el gran jaleo —declaró Shawn.

—Bueno, en cierto modo, era un ensayo. Y ha salido bien, según parece.

Joyce soltó una risita.

—Tan bien, que Adriana se está chiflando por El Hurón.

—No me digas. —Torres soltó una carcajada—. Ese tipo...

—Neil, no te burles de Charlie. Es condenadamente feo, pero siempre tuvo algo especial para las mujeres.

—A ti no pareció afectarte demasiado.

—Hubo un tiempo que... Bueno, eso no importa ahora. ¿Has decidido algo?

—Sí. Voy a una imprenta a encargar unas acciones de la Interasteroidal Limitada, por valor de doscientos millones. Hay que venderle ciento cincuenta a la señora Falkenstins.

—Je —dijo Shawn, riendo lúgubremente—. Cuando vea que sólo tiene en las manos papeles sin valor...

—El contrato dirá que tiene derecho a un diez por ciento de los

beneficios que se puedan obtener del asteroide Growl-2, rico en toda clase de minerales estratégicos. Mientras volvía a la Tierra, preparé un informe especial, que entregaréis a Adriana.

—Habrá que contar con Charlie. Si se pone del lado de ella...

—Dile a Charlie que el diez por ciento de lo que invierta Adriana será una suma exactamente igual al dinero que va a pagar por Growl-2. Confidencialmente, por supuesto.

—No entiendo nada —dijo Joyce.

—Ella dará ciento cincuenta millones y, en su día, recibirá trescientos, con lo que habrá ganado un ciento por ciento del capital invertido. A vosotros os lo puedo decir, y ahora no se trata de engañar a nadie. Orrull-5 tiene algo en su interior que vale al menos mil quinientos millones, contando por lo bajo.

A Shawn le pareció que se le descolgaba la mandíbula. Joyce se hizo la señal de la cruz.

—Jesús —murmuró—. ¿Estás bien de la cabeza, Neil?

Shawn se cayó de espaldas.

—Mil quinientos millones —dijo.

—Por lo menos —insistió Torres—. Y cuando haya vendido el asteroide, esta vez legítimamente, quedarán mil doscientos millones... a repartir entre cuatro personas. ¿Digo los nombres de esas personas?

—No, no... Es demasiado dinero... No podría volver a la Reserva Marg... —se lamentó Shawn.

—Hablo absolutamente en serio, así que ya podéis poner manos a la obra. Hablad aparte con Charlie. Quiero que le digáis que es un asunto absolutamente serio.

Torres se dirigió hacia la puerta. Desde allí, se volvió y, sonriente, miró a la pareja.

—Dejad los retozos para otro rato —añadió—, Lugg'Brol no habría enviado una nave a Orrull-5 con dos asesinos a bordo, para quitarme de en medio, si no supiese que se trata de algo que vale la cifra que he mencionado.

—¿Dos asesinos? —se extrañó Joyce.

—¿Y estás aquí? —dijo Shawn.

—Claro, porque ellos están «allí»... para siempre —concluyó Torres.

*

Neil Torres tenía un amigo grabador, con el que había trabajado en más de una ocasión. Al día siguiente, por la tarde, fue a verle, recogió el encargo, abonó su importe y, cargado con una pesada cartera de mano, salió a la calle, seguro de la discreción del grabador.

A los pocos momentos, vio venir en dirección contraria a dos

hombres. Uno de ellos se detuvo bruscamente y le miró como si viese a un fantasma.

—No. no puede ser —exclamó el comisario Ensdel.

—¡Está vivo! —se asombró el teniente Rummin.

Torres frunció el ceño.

—¿Puedo conocer los motivos de su extrañeza, caballeros? —preguntó cortésmente. La cartera, se dijo, pesaba bastante y podía servir muy bien como arma defensiva, llegado el caso—. Estoy vivo y no será por deseos de un tipo llamado Lugg'Brol...

Ensdel sacó a relucir una imponente insignia.

—Comisario Ensdel, de la Decimocuarta División de Policía —se presentó—. Mi segundo, el teniente Rummin.

—Hola, Neil Torres —saludó Rummin—. ¿Piensa volver a vender la Tierra otra vez?

—¿Ha encontrado otro incauto? —sonrió Ensdel.

—Comisario, creo que podré reunir el dinero para la fianza...

Ensdel se echó a reír, a la vez que agarraba el brazo de la joven.

—Oh, vamos, vamos —exclamó jovialmente—. ¿Quién ha hablado ahora de detenerle? El tonto de Rheik se volvió a Zebión, habiendo recuperado el dinero que usted le birló y tras haber desestimado toda acción legal contra usted.

—Le cree desaparecido —añadió Rummin.

—Bueno, soy de carne y hueso...

—Cuando el teniente dice desaparecido, quiere referirse a su «no existencia» —exclamó Ensdel enfáticamente—. Pero ahí veo una distribuidora de café. Tomaremos una taza y le explicaré todo con detalle.

Diez minutos más tarde, Torres estaba enterado de lo ocurrido. Su asombro fue grande al conocer los enormes poderes del G.O.M.

—Claro —exclamó—. Eso explica la visión que tuvo Long mientras viajábamos hacia Orrull-5 y los vértigos y mareos que yo sentía...

—Tuvo usted suerte de encontrarse tan lejos de la Tierra —observó Ensdel—. De otra forma, ahora no estaría enterado de lo que sucede.

—Esa máquina es un peligro público —dijo Torres rencorosamente—. Deberían destruirla.

—Imposible.

—En este mundo no hay nada imposible...

Rummin soltó una risita.

—¡Je! Vaya a ver el edificio donde está el G.O.M. Para destruirlo, se tendría que destruir el planeta entero.

—Pero no es posible que una máquina controle a las personas hasta semejante extremo —protestó Torres—. Eso es más bien una esclavitud.

—Lo sabemos, pero no podemos hacer nada para evitarlo —confesó el comisario—. Aparte de ello, es preciso admitir que proporciona ciertas ventajas.

—Sí, las de vigilar y controlar hasta el momento en que un ciudadano siente ganas de hacer pis —contestó el joven malhumorado.

—En todo caso, usted ya no tiene por qué preocuparse —terció Rummin—. La máquina ha decidido que no existe.

—Y nosotros no podemos arrestar a una persona inexistente. No detenemos fantasmas —sonrió Ensdel.

—Gracias, comisario...

—A propósito, Torres. ¿De dónde es usted? Porque si no ha nacido en la Tierra...

El joven sonrió.

—Algún día le contaré mi historia —dijo—. Efectivamente, no he nacido en la Tierra, pero me considero plenamente terrestre. Por el momento, sin embargo, le ruego me permita callar mi origen.

—Como quiera —accedió Ensdel—. Oiga, me alegro de verle vivo. Usted, a pesar de todo, siempre me cayó simpático. No sabe cuánto la gocé al saber que había vendido la Tierra a un estúpido presumido, que llegó a tragarse el cuento de que era el amo del planeta y de cuanto hay sobre su superficie.

—Y bajo la superficie también —rió Torres. Estrechó las manos de los policías—. Tengo que marcharme ineludiblemente...

—¿Otra venta en puertas? —preguntó Rummin, malicioso.

—Sí, pero ahora se trata de un negocio perfectamente legal. Cuando lo haya concluido, les invitaré a una copa de champaña.

Torres se dispuso a utilizar su cinturón antigravitatorio, pero antes de ponerlo en funcionamiento, se volvió hacia los dos hombre.

—¿De veras siguen interesados en destruir el G.O.M.? —inquirió.

—No se lo diga a nadie, pero el día que sepa que ese trasto es un montón de chatarra, agarraré una borrachera de campeonato —aseguró Ensdel, muy serio,

—Si se me ocurre alguna idea, me pondré en contacto con ustedes. ¡Hasta la vista, amigos!

El cinturón antigravitatorio separó del suelo los pies de Torres, a la vez que le hacía avanzar a una moderada velocidad de quince kilómetros a la hora. Diez minutos más tarde, un hombre salió a su encuentro.

—Lugg'Brol quiere hablar con usted —anunció el individuo.

# CAPITULO IX

Torres estudió unos momentos al sujeto. Era de mediana estatura, delgado y de ojos color acero, un tipo que haría cualquier cosa que le ordenasen, siempre que le pagasen su precio.

—Me llamo Duggell —añadió el individuo—. Soy el secretario personal del señor Lugg'Brol.

—Bien —se decidió Torres—. Vamos allá. A fin de cuentas, yo también tengo interés en conversar con ese forajido.

—El señor Lugg'Brol es un importante hombre de negocios, señor Torres —dijo Duggell envaradamente.

—Y yo uno de los enanitos de Blanca Nieves.

—Esto no es cosa de broma —gruñó el secretario.

—Pensamos de la misma forma —respondió el joven, impertérrito. ¿Vamos ya?

Duggell le guió en la dirección adecuada. Media hora más tarde, se detenían ante la puerta de una casa que Torres ya conocía.

—Estuve aquí hace días —sonrió.

—Alguien le ayudó a escapar, ¿verdad?

—No me registraron bien; por eso pude usar mi varita mágica.

—Me agrada su sentido del humor. —Duggell hizo un ademán con la mano—. Tenga la bondad de entrar, se lo ruego.

Torres atravesó el umbral. Un individuo enorme, gigantesco, salió a su encuentro.

—Por favor, deje su cinturón antigravitatorio —solicitó.

Torres se volvió hacia el secretario.

—Es la costumbre en esta casa —dijo Duggell.

—Muy bien.

El joven extendió los brazos y dejó que le quitasen el cinturón, que fue depositado encima de una consola. Luego, el gigante intentó examinar la cartera.

—Lo siento —dijo Torres secamente—. A nadie le importa lo que hay aquí dentro. Son documentos personales.

—Déjalo, Karl —indicó Duggell—, Venga, el señor Lugg'Brol le está aguardando.

Duggell fue hacia una puerta, la abrió y se quedó a un lado.

—Señor, el señor Torres —anunció.

—Pase, Neil —invitó Lugg'Brol.

Torres entró en el despacho. Lugg'Brol le miró desde el otro lado de una mesa.

—Celebro que haya accedido a venir a mi casa —dijo.

—Por segunda vez —contestó el joven.

—Eso no tiene demasiada importancia. Señor Torres, voy a ser franco con usted. Quiero comprar Orrull-5.

—¿Cuánto ofrece?

—Lo que pide su propietario, ciento cincuenta millones.

—No interesa.

—Creo que no he oído bien —dijo Lugg'Brol suavemente.

—Sus tímpanos se hallan en perfecto estado.

—Pero es el precio que ella pide...

—Me otorgó plenos poderes para vender el asteroide. En su nombre, yo me niego a vender por la cifra mencionada —dijo Torres rotundamente, sin perder su impasibilidad.

Lugg'Brol pegó un puñetazo sobre la mesa.

—¡Tengo ya el cheque preparado! —barbotó.

—¿Sería capaz de añadir un cero a la cifra que ha escrito?

Lugg'Brol le miró incrédulamente.

—No estará hablando en serio, me imagino.

—En mi vida he hablado más seriamente —respondió Torres—, Si es capaz de pagar mil quinientos millones de units por Orrull-5, cerraremos el trato inmediatamente. Es decir, redactaré un documento, comprometiéndome a venderle a usted el asteroide, por dicha suma, siempre que compruebe que tiene el dinero suficiente en su cuenta bancaria.

—Tengo dinero, pero esa suma excede de mis posibilidades —manifestó el sujeto—. Y la estimo exagerada...

—Usted sabe perfectamente que mil quinientos millones es la cifra mínima que podría pedirse por Orrull-5. Y no rebajaré un solo décimo de units, téngalo por seguro.

—Está despechado conmigo...

—Cuando hago negocios, no reparo en la amistad o en la enemistad. Aunque sé que ha intentado asesinarme, lo olvidaré a cambio de mil quinientos millones. Eso es todo, buenos días.

Torres dio media vuelta y se encaminó hacia la salida. Sin volverse siquiera, añadió:

—Si cambia de pensamiento, ya sabe dónde buscarme.

Salió del despacho y caminó con paso firme hacia la consola donde había visto depositar su cinturón antigravitatorio. Estaba allí, pero había al lado otro idéntico.

Frunció el ceño. Una viva sospecha se infiltró en su mente. En el mismo instante, recordó que Duggell no se había desceñido el cinturón.

Conocía el suyo muy bien. Aquellos pequeños roces en el lado izquierdo, junto a la hebilla...

Decidió ponerse el otro. Luego, con paso firme, se encaminó hacia la salida.

Un instante después, Lugg'Brol asomó por la puerta.
—¡Karl! —gritó.
El gigante se presentó inmediatamente.
—¡Señor!
Lugg'Brol tendió la mano.
—Síguelo —ordenó—. Volverás muy pronto.
—Sí, señor —sonrió Karl.
Agarró el cinturón, se lo puso, corrió hacia la puerta y se elevó un palmo en el suelo.
Torres estaba ya a unos trescientos metros. Unos segundos después, oyó un terrible alarido.
Accionó los mandos del cinturón, detuvo su marcha y giró en redondo. A cien pasos de la casa, un hombre subía vertiginosamente hacia las alturas, manoteando como un poseído.
Karl ascendió cosa de quinientos metros. Luego se detuvo un punto y, casi en el acto, cayó a plomo.
El aullido de pavor descendió velozmente y cesó en el momento del impacto. Desde el lugar en que se encontraba, Torres vio a dos hombres que salían corriendo a la puerta de la casa.
Agitó la mano burlonamente. Luego dio media vuelta y reanudó la marcha.
—Este condenado Lugg'Brol no escarmienta —rezongó, malhumorado a pesar de todo, porque sabía que el sujeto no cejaría en sus propósitos.
A menos que le parase los pies de una forma definitiva.

*

Llamó una vez, pero no le contestó nadie. Extrañado, abrió la puerta.
Doley y Adriana estaban estrechamente abrazados, besándose con furia devoradora. La mano de Doley trataba de bajar los tirantes del vestido de la mujer, cosa a la que ella no se resistía.
Torres sonrió. Carraspeó.
—Ejem, ejem...
Charlie volvió la cabeza.
—Neil, eres de lo más inoportuno que he visto en mi vida —rezongó.
—Lo siento —dijo el joven—. Discúlpeme, señora...
Adriana se arregló el vestido.
—No tiene importancia. Charlie, queridito, podemos continuar después de haber hablado con el señor Torres. Porque supongo que lo es...
—Encantado de mirar su belleza, señora. Charlie, te envidio

sinceramente.

—Gracias —refunfuñó El Hurón.

Torres avanzó unos pasos y dejó el portafolio encima de una consola.

—Aquí están todos los documentos preparados —anunció—. Señora, hoy mismo puede convertirse en la dueña de la Interasteroidal Limitada, por la absurda suma de ciento cincuenta millones. Beneficio garantizado del ciento por ciento. Charlie, tú le explicarás el resto, ¿verdad?

—Aguarda un momento, Neil. —Doley se volvió hacia Adriana—. Discúlpame, cariño...

Doley se llevó aparte al joven.

—No me gusta la jugarreta —dijo en voz baja—. Creo que voy a casarme con ella.

—Charlie —contestó el joven en el mismo tono—, éste es un asunto perfectamente serio. Conseguiré mil quinientos millones. Adriana recobrará su inversión y ganará ciento cincuenta.

—¿Me lo prometes, Neil?

—Más todavía: te lo juro —dijo Torres solemnemente.

—Pero ¿habrá quien te pague mil quinientos millones...? —dudó El Hurón.

—Cuando presenté el informe de lo que hay en Orrull-5, me lo quitarán de las manos. El beneficio será a partes iguales para los cuatro, Charlie. Esta vez, la cosa va en serio; no se trata de ninguna jugarreta.

—Pero Adriana, quizá luego se enoje...

—Cuando se vea una ganancia de ciento cincuenta millones limpios, se le pasará el enfado. Tú lo que tienes que hacer ahora es convencerla de que desembolse los ciento cincuenta para la Interasteroidal. Nunca os he defraudado, me parece.

Doley suspiró.

—Neil, te quiero casi como a un hermano, pero creo que ahora sería capaz de matarte si me fallases —dijo.

Torres le dio una palmadita en la espalda.

—Podrás seguir conservándome ese afecto —se despidió.

Inmediatamente, subió al piso superior y se encaminó a la *suite* ocupada por Syra. Llamó a la puerta y esperó a que le abriese la joven.

—Hola —saludó jovialmente al verla—. ¿Puedo pasar?

—Traes buenas noticias, me imagino —dijo ella.

—Buenas y malas, pero las primeras superan de largo a las segundas.

—Entonces, empieza por las segundas.

—De acuerdo, pero invítame a una copa. Tengo la garganta seca.

—Sin duda de tanto hablar para engañar a la gente, me imagino —dijo Syra cáusticamente.

—No seas aguafiestas. Ahora no tengo que vender la Tierra a un tonto zebionita. Demasiado sabes qué hay en Orrull-5.

Syra le entregó una copa.

—¿Sí? ¿Qué hay, Neil?

Torres sacó del bolsillo el informe conseguido durante su estancia en el asteroide y se lo puso en las manos. Luego se dedicó a saborear el contenido de la copa.

De pronto, Syra lanzó un agudo chillido:

—¡No! ¡Esto no es posible!

—Lo es —dijo Torres, impasible—. Las máquinas eran buenas, absolutamente garantizadas. Toda posibilidad de error queda excluida.

—Pero... pero, entonces, vale mucho más...

—Vale los ciento cincuenta millones que pediste.

—Te dije que podías pedir un precio superior y que la diferencia sería para ti, en tal caso.

—He conseguido la suma que necesitabas. Espero poder entregarte un cheque mañana sin falta. No puedes perder tiempo buscando otro comprador que pague el precio justo. O vencerá el plazo de tu préstamo.

—Eso sí es verdad —murmuró Syra, mordiéndose los labios—. Si no fuese por esa circunstancia...

—Confórmate con lo que te dé y no te preocupes de más. Cancelarás el préstamo y podrás pagar la multa impuesta a tu padre. Además, te quedará un remanente...

—No será muy grande. Doce millones del préstamo, quince de tu comisión... más gastos; en total, veintidós millones escasos.

—Con los que puedes obtener una renta mínima del doce por ciento anual, que te permitirá vivir holgadamente. Doscientos veinte mil mensuales no está nada mal, me parece.

Ella pareció resignarse.

—Si te lo tomas bajo ese punto de vista... Y yo que creí que el verdadero valor de Orrull-5 estaba en el níquel...

—Pues no, no es níquel —sonrió Torres.

—Neil, habíamos quedado en que empezarías por las malas noticias, pero no ha sido así. Aunque no se puede decir que las buenas sean para saltar de júbilo...

—¿Cómo que no vas a saltar de alegría? Cancelas el préstamo, pagas la multa y tu padre sale a la calle, te quedan un puñado de millones de beneficio..., ¿y no te sientes aún satisfecha?

—Está bien, está bien, no le demos más vueltas. Pero, al menos, me gustaría saber quién es el comprador.

—Lo siento, no pienso decírtelo hasta que tenga el dinero en la mano.

—Quieres darme una sorpresa, ¿eh?

Torres sonrió.

—Es posible —repuso—. Ah, a propósito. Las malas noticias, bueno, pueden resumirse en una sola. Lugg'Brol sigue obstinado en comprar el asteroide.

—¿Puede pagar más de los ciento cincuenta millones?

—Tal vez, pero es que no quiero hacer tratos con un asesino.

—Entonces, no es tan mala noticia...

—Para ti, quizá no; para mí, sí, porque, a partir de este momento, voy a tener que dormir con un ojo abierto y otro cerrado. Lugg'Brol es de la clase de hombres que no abandonan nunca sus proyectos, hasta que consiguen triunfar o...

—¿O qué, Neil?

—O alguien les convence de lo contrario.

—Es decir, alguien con un gran poder de persuasión, como tú.

—Lo malo es que, en este caso, la persuasión no sirve, si no va acompañada de la violencia. Y, me parece, tendré que recurrir a métodos expeditivos para conseguir que Lugg'Brol nos deje en paz —concluyó Torres, a la vez que abría la puerta para marcharse.

# CAPITULO X

Adriana Falkenstins firmó el cheque y se lo entregó a Torres.

—Ahora soy la propietaria de la Interasteroidal —dijo la dama, vivamente complacida.

—Es suya por completo, salvo el mínimo de acciones que marca la ley, señora —contestó el joven alegremente—. Pero ya puede imaginarse que los pequeños accionistas no van a oponerse a sus decisiones sobre las actividades de la empresa.

—Charlie será mi apoderado y gerente general —dijo Adriana—, Confiaré en él para cualquier decisión que tome sobre la mejor marcha de la Interasteroidal.

—Te felicito, Charlie —dijo Torres gravemente.

—Bueno, el negocio está concluido —intervino Joyce—. ¿Por qué no lo celebramos con una copa de champaña?

—Yo destaparé la botella —se ofreció Shawn.

Torres contempló el cheque y lo guardó cuidadosamente en la billetera. Antes de diez minutos, lo endosaría a nombre de Syra y Orrull-5 pasaría a ser de su propiedad, pensó satisfecho.

Sonó un estampido. Shawn llenó las copas. Adriana levantó la suya.

—Vamos a brindar también por nuestra futura felicidad —exclamó —. Charlie y yo pensamos casarnos la semana próxima.

—Felicidades —dijo Torres—. Señora, yo pierdo a un casi hermano, pero usted gana al mejor de los esposos.

—El último esposo —contestó Adriana.

—¿Cómo?

Adriana se volvió con ojos de camero degollado a Doley.

—Es mi quinto matrimonio y confío en que Charlie cierre la serie —confesó.

—Vaya —resopló El Hurón.

Shawn le palmeó las espaldas.

—Vamos, pillo, sabes demasiado bien que no habrá quinto divorcio para tu futura...

De pronto, llamaron a la puerta. Joyce cruzó la sala y abrió.

Un camarero presentó una bandeja, con una carta encima.

—Para el señor Torres —anunció.

El joven dio unos cuantos pasos, sacó un billete, lo entregó al camarero y se quedó con la carta. Al cerrarse la puerta, pidió permiso a los otros para leer la misiva.

Joyce se alarmó al ver que la cara del joven se cubría de sombras.

—¿Sucede algo malo, Neil? —preguntó.

—Pudiera ser… -Torres hizo un esfuerzo y consiguió sonreír—. No, no es nada grave. Un pequeño contratiempo sin importancia. Por supuesto, no tiene nada que ver con la Interasteroidal. Señora Falkenstins, amigos todos, tendrán que dispensarme…

Torres guardó la carta y se dirigió de nuevo hacia la puerta. Joyce corrió tras él.

—Neil, cuéntame lo que pasa —pidió en voz baja.

—Syra ha sido secuestrada —respondió él en el mismo tono—. Es cosa de Lugg'Brol.

—¿Te lo dice en la carta?

—Sí. Quiere los documentos de propiedad de Orrull-5 antes de las tres de la tarde de hoy.

—En caso contrario, la matará.

—Aunque no lo dice claramente, es fácil imaginárselo. Pero ha cometido un error.

—¿Puedo saber cuál es, Neil?

Torres sonrió.

—Cuando te enfrentes con alguien, no le hagas saber tus planes antes de tiempo —contestó sibilinamente.

Y salió con paso firme, dispuesto a preparar todo para la derrota definitiva de Lugg'Brol.

*

Acababa de salir del Banco, cuando se tropezó inesperadamente con una persona conocida.

—¡Teniente Rummin! —exclamó.

—Hola, Neil —saludó el policía—. Mi nombre es Mark. —Bueno, Mark, como quieras. ¿Algo de nuevo?

—No, todo sigue igual. Salvo una cosa.

—¿De qué se trata?

—Dijiste que tenías una idea para destruir el G.O.M. ¿Cuál es la idea, Neil?

—Lo que dije en realidad es que pensaría en ello, pero, francamente, he estado muy ocupado…

—Esa maldita máquina estuvo a punto de destruirte. —Nadie lo sabe mejor que yo —se estremeció el joven—. Estuve con un pie en el otro mundo…, pero te lo digo con toda sinceridad; no se me ocurre nada…

—Neil, ¿de dónde has salido tú, si legalmente no existes? ¿Eres terrestre?

Torres frunció el ceño.

—Has dicho que no existo legalmente —murmuró.

—Según el G.O.M., no, no existes.

Torres sonrió.

—Mark, creo que he dado con la solución —dijo.

—¿De veras? —exclamó Rummin ansiosamente—. Dímela, pronto...

—Favor por favor, muchacho.

Rummin miró de soslayo al joven.

—¿Qué quieres, Neil?

—Déjame usar cinco minutos el H.T.V. de tu oficina. Rummin se espantó.

—¡Cielos, no! Eso es algo que no se puede emplear sin una orden del juez... Podría costarme el cargo...

Torres se apoyó confianzudamente en el hombro del policía.

—Mark, ponte la mano en el pecho. ¿De veras no has usado el H.T.V. alguna vez, sin decírselo al juez?

—Hombre, alguna vez, no te diré que no..., pero siempre en casos de gran importancia, muy urgentes... Neil, no cuentes conmigo para estafar a otro incauto —dijo Rummin ásperamente—. Puedes quedarte con tu idea, pero no permitiré que...

—No se trata de una estafa, sino de algo mucho más serio.

—¿Por qué no eres franco de una maldita vez? —se impacientó el policía.

—Mark, no te estoy pidiendo que me dejes a solas en la sala de H.T.V. Tú puedes estar delante, y el comisario también. Y si consideras que lo que vamos a ver no tiene importancia, dejaré que me encierres...

—Prefiero la idea —gruñó Rummin—. Bien, vamos allá.

Ensdel recibió a los dos hombres entre perplejo y satisfecho. Pero cuando supo lo que quería Torres, se negó en redondo.

—Comisario, nunca, jamás, he hecho uso de mi influencia —dijo el joven severamente.

—Ah, tiene influencia —se burló Ensdel.

Torres sonrió.

—¿Me permite usar su videófono? Gracias. -Marcó un número y aguardó unos segundos. Al cabo, se vio en la pantalla el rostro atezado de un hombre de unos sesenta años, todavía fuerte y vigoroso —. Hola, papá. Tengo que pedirte un favor. Dispensa que te haya molestado, con tantas ocupaciones...

—Hijo descastado —gruñó el hombre—. Debería pedir que te encerrasen, como un peligro público. Eres una calamidad ambulante, un tornado que nunca se detiene...

—Papá, déjate ahora de reproches. Estoy con el comisario Ensdel. Pídele que me permita utilizar su H.T.V., por favor.

—Me pusiste en un grave aprieto con el asunto Rheik, muchacho.

—¿Quién ha resultado verdaderamente perjudicado?

—Está bien, está bien. Dile al comisario Ensdel que te permita utilizar el H.T.V. Por una sola vez, ¿entendido?

—Será más que suficiente, papá. Gracias.

—Neil, me gustaría tenerte a mi lado —dijo el hombre.

—Cuando acabes… tu trabajo, me lo pensaré. Adiós, papá.

Torres cortó la comunicación y se volvió hacia los dos policías. Ensdel y Rummin le contemplaban atónitos.

—Es el secreto mejor guardado que he oído en los días de mi vida —confesó el comisario.

—Le hubiera perjudicado en su carrera política —gruñó Torres—, En fin, olvidemos esto y vayamos al grano. ¿Dónde está el H.T.V.?

Ensdel se puso en pie.

—Venga por aquí, muchacho —dijo.

Rummin miraba al joven con admiración mal disimulada.

—Nadie sabe que…

—Ni nadie debe enterarse del asunto —dijo Torres rápidamente.

—Neil, puede estar seguro de que nosotros seremos discretos —manifestó Ensdel,

—No lo dudo, comisario.

*

El receptor de Hipertelevisión medía un par de metros de lado y estaba empotrado en una pared, con su correspondiente cuadro de mandos. Ensdel preguntó al joven las cifras correspondientes a las coordenadas del lugar que querían observar y Torres las mencionó en el acto.

—Muy bien, vamos allá.

Presionó un botón y la pantalla se iluminó en el acto, primero con rayas borrosas, pero, a poco, con imágenes que ganaban nitidez a cada segundo que transcurría. Torres apartó suavemente a Ensdel.

—Por favor, déjeme, comisario.

El joven se ocupó de los mandos. Una sala apareció en la pantalla. Luego la imagen cambió y se vio un despacho en el que había dos hombres y una mujer.

La mujer era Syra Stimson y estaba atada a un sillón.

—¡Es un secuestro! —gritó Rummin.

—Sí —confirmó el joven fríamente.

—Haré que mis hombres la rescaten —anunció Ensdel.

—Por favor, dejen que siga la cosa. Quiero enterarme de lo que se dice en esa habitación —pidió Torres.

Movió el mando de sonido y la voz de Lugg'Brol irrumpió en el acto en la estancia:

—Torres vendrá con los documentos —dijo el sujeto jovialmente

—. La aprecia a usted demasiado para permitir que sufra ningún daño.

—Es decir, si no viene, ustedes me matarán —exclamó la prisionera.

—Bueno, como último recurso... Pero antes le obligaremos a firmar un compromiso de venta de Orrull-5.

—Lo declararía nulo inmediatamente que me pusieran en libertad.

—¿De veras? —sonrió Lugg'Brol.

—La matarán después de firmar —susurró Rummin.

—Puede hablar en tono natural. Ellos no pueden vernos ni oírnos —dijo Torres.

—Tenemos que hacer algo, jefe...

—Por favor —insistió el joven—. Dejen que siga escuchando.

—Mi querida Syra —dijo Lugg'Brol—, usted firmará ese documento de venta o, de lo contrario, telefonearé al Banco y pediré que ejecute inmediatamente el embargo sobre todos sus bienes.

—Pero el préstamo no ha vencido...

—Me costó veinte mil units, y ello me permitió encontrar al mejor falsificador, quien «arregló» hábilmente las fechas. El préstamo vence hoy, a la hora de cierre del Banco.

—Entonces, no necesitaba secuestrarme. Con haber dejado que las cosas siguieran su ritmo normal, el asteroide habría sido suyo.

—Tengo otros proyectos en perspectiva —declaró Lugg'Brol—. Pero, como comprenderá, no voy a decírselos.

—Quiere eliminarme —dijo Torres—. El documento que pretende hacerla firmar es sólo un pretexto legal, para cubrirse en caso de que se produzcan complicaciones.

—En resumen, piensa asesinarnos —exclamó Syra.

Lugg'Brol sonrió torvamente.

—Dentro de diez minutos, firmará el documento —dijo.

—No, no firmaré.

—La haré cambiar de opinión. Por cierto, lleva unas cuantas horas sin tomar nada. Duggell, ¿quieres servirle una taza de café?

—Le pondrán una droga y ella hará todo lo que le manden —adivinó Torres. Apagó la pantalla y consultó la hora—. Tengo tiempo de sobra —sonrió.

—Mark, si necesitas ayuda... —se ofreció Rummin.

—Gracias, pero éste es un asunto privado. Lugg'Brol podría ponerles luego en un aprieto, puesto que le han estado observando ilegalmente. Yo ya me imaginaba dónde estaba Syra; lo que quería era enterarme de los proyectos de ese sujeto.

—Ese asteroide debe de valer muchísimo —supuso Ensdel—. ¿Por qué tanto interés, Neil?

—Se lo diré en otro momento, comisario.

—Bueno, en eso estamos de acuerdo, Neil, pero establecimos un pacto —le recordó Rummin.

Torres se dio una palmada en la frente.

—¡Es verdad! —exclamó—. La idea para destruir el G.O.M.

Y se lo dijo a los dos policías.

Ensdel y Rummin cambiaron una mirada.

—¿Cómo no se nos habrá ocurrido antes? —dijo el primero.

—Es lo más sencillo del mundo, jefe..., ahora que lo sabemos, claro. ¿Cuándo lo hacemos?

—Voy a despachar unos asuntos que tengo pendientes. Tardaré cosa de un par de horas. Luego iremos a comprobar personalmente si la idea de Torres es válida.

—Pero antes, sin embargo, me gustaría conocer los antecedentes de Lugg'Brol, si le parece bien, jefe.

—Sí, lo consultaremos al G.O.M. antes de mandarlo... Bueno, imagínese adonde, teniente.

Rummin soltó una risita, a la vez que se tapaba las narices.

—Me lo imagino, jefe, me lo imagino —contestó. Y, de súbito, lanzó una exclamación de asombro—. ¡Neil se ha marchado!

En aquellos momentos, Torres se disponía a salir a la calle. Cruzó la puerta y un hombre le cerró el paso.

—Señor Torres...

—Yo mismo —contestó el joven.

—Coronel Raidler, del Servicio Secreto Presidencial —se presentó el desconocido—. Señor Torres, tengo órdenes de llevarle inmediatamente a presencia del Primer Primer Ministro.

Torres frunció el ceño.

—Lo siento, ahora no puedo...

—Mis órdenes son de llevarle de grado o por fuerza, señor.

Raidler señaló el aeromóvil estacionado a poca distancia, junto al cual se divisaban cuatro fornidos policías de uniforme.

—Por favor —rogó amistosamente.

El joven se resignó.

—Tantos años sin vernos... y ahora le corre tanta prisa... —refunfuñó, a la vez que caminaba hacia el aeromóvil.

# CAPITULO XI

Jerónimo Sycamore, Primer Primer Ministro de la Tierra, miró sonriendo al joven que tenía frente a sí.

—Hola, hijo.

—¿Cómo estás, papá? —respondió Torres fríamente.

—Veo que sigues enojado conmigo...

—No puedo alegrarme, te lo digo con sinceridad.

—Neil, las cosas, a veces, no salen como uno quisiera...

—Las cosas, cuando se refieren a ciertas personas, pueden salir corno uno quiere; basta un poco de buena voluntad. Pero tú fuiste siempre muy ambicioso y sacrificaste a tu mujer y a tu hijo, con tal de llegar muy alto. Bien, eso se ha pasado ya, de modo que será mejor no continuar con el tema.

—¿Cómo está ella? —preguntó Sycamore.

—Perfectamente.

—¿Se acuerda de mí?

—Ni te menciona.

—Es injusta conmigo...

—Yo nací a bordo de una astronave y tú ni siquiera me inscribiste en ningún registro, para evitar escándalos. ¿Sabes que, precisamente por esa misma circunstancia, el G.O.M. estuvo a punto de destruirme?

—¡Neil! —se asombró Sycamore.

—Como lo oyes. Esa funesta máquina, en la que tú tanta parte tienes, está destruyendo a la humanidad...

—Produce inmensos beneficios, Neil.

—A costa de controlar a las personas desde que nacen hasta que mueren, sin dejarles iniciativa. «Fulano ha de hacer esto y lo otro y lo de más allá; Zutano irá aquí, allá y acullá...» No, eso no es justo ni es humano, papá. Por muchos beneficios que se reciban, aparentemente.

—Quizá tengas razón, pero no te he llamado para intercambiar opiniones sobre filosofía cibernética —dijo Sycamore.

—Bien, entonces, habla, te escucho.

—Neil, tú tienes algo que interesa al gobierno.

—¿Cómo?

—Orrull-5.

Los ojos de Torres fulguraron.

—Es mío y no pienso vendértelo —dijo.

Sycamore sonrió.

—Poseo suficiente autoridad para obligarte a la venta —dijo—. Es más, incluso tengo preparado el cheque.

—No cederé...

—Cuatrocientos cincuenta millones, Neil. Sé que es una especie de chantaje, pero tienes que vender el asteroide.

—Entonces, no ganaré siquiera un décimo de unit.

—Syra te ofreció quince millones de units. No te quejes de la comisión.

—Papa, ¿quién diablos te ha dicho...?

—No eres tú el único que usa el H.T.V.

Torres apretó los labios.

—Has estado espiándome...

—Desde el primer momento. Bien, no he sido yo en persona; otros Io han hecho por mí, como puedes comprender.

—Y has permitido...

—Era una operación que convenía al gobierno, y esto no es broma ni demagogia política, para bien de la humanidad terrestre.

—No me digas —se burló el joven.

—Todavía estás en pie. Siéntate y escucha, por favor.

Torres obedeció. Su padre empezó a hablar, sin que el joven le interrumpiese un solo instante. Cuando Sycamore hubo terminado, él se quedó sumamente pensativo.

—Yo pensé que se podría extraer... Sacaríamos grandes bloques a la superficie; los venderíamos para que los artistas tallasen sus obras en la materia más cara que nadie ha imaginado nunca... También, por supuesto, venderíamos grandes partidas para usos industriales... Pero todo eso se va a convertir en humo —dijo Torres melancólicamente.

—Se convertirá en vida —aseguró Sycamore con gran énfasis.

—Sí, vistas las perspectivas, no me cabe la menor duda. Pero ¿por qué no hiciste la operación de un modo oficial?

—No se podía —respondió Sycamore—. Ahora eres tú el propietario. Si se lo hubiésemos comprado a ella, Zebión habría protestado, alegando que lo hacíamos como una especie de intromisión en sus asuntos internos, ya que esa chica tiene que pagar la multa para que su padre sea puesto en libertad. De este modo, el que la paga eres tú, un, simple particular.

—Sí, ya entiendo. Las cosas de la maldita política... —Los ojos del joven centellearon—. Las mismas que te impidieron darme tu apellido.

—Si quieres, podemos arreglar ese extremo...

—Ya no me interesa. Estamos en pleno siglo XXIII y nos hemos vuelto tan retrógrados y reaccionarios como en el XIX, tan temerosos de los comentarios ajenos...

—Hombre, en un político, eso es perfectamente comprensible.

—Un hombre debe afrontar sus responsabilidades, sin temor a las consecuencias, cualquiera que sea el puesto que ocupe en la sociedad —dijo Torres sentenciosamente—. Pero ya me imagino que a ti eso te

suena a música celestial.

—Eres injusto conmigo, hijo —se dolió Sycamore.

—Digo la verdad de lo que pienso, te guste o no. Yo no soy un político que deba adularte. Seguiré usando el apellido de mi madre, del cual me siento muy orgulloso, y dudo mucho que volvamos a vernos.

—El tiempo lo suaviza todo, Neil.

—Puede —contestó el joven con indiferencia—. Ahí tienes los documentos. Me llevo el cheque. Orrull-5 es tuyo.

—¡No, de la Tierra! —puntualizó Sycamore enérgicamente.

Torres echó a andar hacia la puerta, pero antes de salir se volvió y miró a su padre.

—La verdad, en otros aspectos, eres todo un hombre —sonrió.

—Gracias, hijo. Abrázala cuando la veas. Dile que... que un día no muy lejano iré yo a... a pedirle perdón en persona.

—Se lo diré. Y, a propósito, tú, como Primer Primer Ministro, ¿no puedes hacer nada para destruir esa maldita computadora?

—No. Se debería hacer por la ley, pero no creo que pasara de la primera votación...

—Alguien la destruirá muy pronto, papá.

—Es indestructible, Neil.

—Nada que ha salido de la mano del hombre es indestructible. Adiós, papá.

—Suerte, hijo. Y ten cuidado con Lugg'Brol.

Torres oyó aquello y respingó.

—También sabes...

—Sí, y sé lo que ha hecho con la dueña de Orrull-5. Es más, te diré algo muy estrictamente confidencial.

—¿De qué se trata?

—Aunque actúa independientemente, en realidad, es un agente de Zebión. Un agente libre, por supuesto, con lo cual, Zebión, si Lugg'Brol falla, se evita complicaciones diplomáticas. Pero tiene el compromiso de venderles Orrull-5 cuando lo haya conseguido, y ellos sí venderían el núcleo del asteroide para hacer las cosas que antes has dicho.

—Tendré mucho gusto en aplastarle las narices, papá.

—Dale una buena patada en el culo de mi parte —sonrió Sycamore.

Torres abandonó el despacho y suspiró profundamente. Ahora venía la parte más difícil de todo: el rescate de Syra Stimson.

Tras reflexionar profundamente, se decidió por la acción directa, sin enmascaramientos. Y se preparó adecuadamente para la entrevista con el hombre que había querido asesinarle y que volvería a intentarlo, a poco que pudiese.

*

Llamó a la puerta y Duggell se asomó y miró desconcertado a derecha e izquierda. Al ver a Torres junto a la pared, se sobresaltó fuertemente.

—¿Qué diablos...?

Displicente, Torres lo apartó a un lado.

—Vengo a buscar a la señorita Stimson —declaró.

Y entró en la casa con toda desenvoltura, seguido del perplejo Duggell, que no cesaba de vomitar amenazas.

Torres no le hizo el menor caso. Llegó ante el despacho de Lugg'Brol, abrió la puerta y se coló en su interior.

—Hola —dijo alegremente.

Syra lanzó un grito:

—¡Neil!

—Encanto, he venido a rescatarme —afirmó el joven. Miró al estupefacto Lugg'Brol—. Suéltela, Skorphos —ordenó.

—Poco a poco, amigo —contestó el interpelado—. Antes de dejar libre a la chica, quiero que se cumplan las condiciones exigidas y que usted conoce perfectamente.

—No habrá condiciones. Está derrotado, Skorphos. Como muestra de buena voluntad, le permitiré que se vuelva sin daños a Zebión, y olvidaré todo lo que ha sucedido hasta ahora. Regresará sano y salvo, sin haber perdido apenas dinero, con el rabo entre piernas, como suele decirse, pero vi-vito y coleando, que vale mucho. Ya me imagino que tendrá dificultades con el gobierno zebionita, pero ése es un asunto que usted sabrá resolver satisfactoriamente. En cambio, si se queda en la Tierra, puede acabar en el fondo de una celda para el resto de sus días. A usted le corresponde la elección —concluyó Torres fríamente.

—De modo que este tipo trabaja para Zebión —exclamó la chica.

—Extraoficialmente, pero si hubiera conseguido el asteroide, habría traspasado su propiedad a Zebión.

—Menudo granuja —calificó Syra.

—Son los negocios, señorita —refunfuñó Lugg'Brol de mal talante. Consultó su reloj y sonrió—. Bueno, de todos modos, ya no necesito discutir más el tema. Son las tres menos cinco minutos y, en estos momentos, un representante mío está formulando en el Banco una demanda de embargo de todos los bienes propiedad de Syra Stimson, por impago de un préstamo con sus correspondientes intereses. Por doce millones, el asteroide es mío —exclamó el sujeto triunfalmente.

—Lamento aguarle la fiesta —dijo Torres sin perder la calma—. Antes de venir aquí, y apenas conocí el contenido de su carta, fui al

Banco y deposité en él un cheque de ciento cincuenta millones en la cuenta de esa chica tan encantadora, y con orden de abonar cualquier deuda que ella tuviese contraída con otras personas o entidades jurídicas. Por tanto, al abonar el importe del préstamo, el Banco se negará a admitir la demanda de embargo. Skorphos, le guste o no, ha perdido el satélite.

Lugg'Brol se puso lívido.

—Eso no es cierto…

—Sabe usted perfectamente que es verdad. —Torres señaló el videófono—. Y si no me cree, llame al Banco y se convencerá.

—Pero ella…, usted… Ninguno de los dos disponía de una suma…

—Si supe vender la Tierra, ¿no iba a vender un mísero asteroide? —sonrió el joven—. Zebión quiere Orrull-5 para vender su núcleo, un bloque de diamante puro, de cinco kilómetros de grosor, aproximadamente, sesenta y cuatro kilómetros cúbicos de carbono puro, formado hace miles de millones de años en alguna gigantesca convulsión geológica, en la que se produjeron temperaturas y presiones que alcanzaron cifras inimaginables. Pero ese colosal núcleo de diamante no puede ser utilizado para chucherías; tiene un objeto infinitamente más productivo.

—¿Puede decirme cuál es ese objeto? —preguntó Lugg'Brol.

—En torno a Orrull-5 hay un par de planetas que serían perfectamente habitables, si dispusieran de un sol que les proporcionase luz y calor. El diamante, convenientemente activado, se tornará incandescente, incendiará todo el satélite y éste se convertirá en un pequeño sol, que arderá durante millones de años, lo que permitirá la vida en esos planetas, a los cuales acudirán emigrantes desde la Tierra, para empezar allí una nueva vida. Ese sí es un objeto mucho más beneficioso que el de extraer los trozos del núcleo para hacer collares y pulseras —sonrió Torres, ante la estupefacción de su interlocutor.

# CAPITULO XII

Antes de entrar en la cabina de consulta, el comisario Ensdel se volvió hacia su subordinado.

—¿Decidido, Mark?

—Sí, jefe. Aunque me gustaría hacer una última consulta, si no le importa.

—Por supuesto que no. ¿De qué se trata?

—Skorphos Lugg'Brol. Tengo interés en conocer antecedentes de ese sujeto.

—Oh, muy bien. Eso no nos estorbará...

Ensdel introdujo los datos en la computadora. Al cabo de unos minutos, se oyó un chasquido y una tarjeta salió disparada a través de la ranura.

El comisario cogió la tarjeta y, asombrado, leyó:

—SKORPHOS LUGG'BROL NO EXISTE. ,

—Vaya, —resopló el teniente—. ¿Le habrá pasado lo mismo que a Neil?

Ensdel se encogió de hombros.

—Eso no nos interesa. Por ahora, no tenemos ninguna queja oficial del sujeto. Vamos a lo nuestro, que es mucho más importante.

Ensdel consultó su reloj.

—Son las tres y veinte minutos de la tarde —murmuró.

Y, acto seguido, tecleó su pregunta:

—DIME, GRAN ORDENADOR MAXIMO, ¿EXISTES TU?

Los dos hombres aguardaron, conteniendo el aliento. De súbito, se oyó un trueno que surgía de las profundidades de la Tierra.

El suelo tembló ligera y repetidamente. Ensdel empezó a asustarse.

—Será mejor que nos larguemos de aquí, antes de que sea demasiado tarde —propuso.

—Sí, es lo mejor —convino Rummin, no menos asustado que su superior.

Los ruidos, profundos, insistentes, continuaban sonando. Ensdel y el teniente echaron a correr.

De pronto, la pared que tenían frente á sí se hizo transparente y desapareció.

Sonaron gritos de alarma. La gente corría alocada en todas direcciones. Ensdel y Rummin ganaron la salida y se alejaron lo más posible del colosal edificio que se hacía transparente a cada segundo que pasaba.

—¡Dios mío! Se ha destruido a sí mismo —dijo Rummin, aterrado.

—Era cierto, era cierto... —exclamó Ensdel.

Cinco minutos más tarde, había desaparecido todo rastro del G.O.M. en el lugar donde había estado hasta entonces, quedaba un colosal hoyo de unos dos mil metros de anchura, por cien de profundidad.

—Existía, pero no existía —murmuró el comisario.

—Jefe, ¿qué explicación podemos dar a este asombroso fenómeno? —preguntó el teniente.

—Alguien, muchos años atrás, introdujo una determinada orden en los circuitos de la máquina, una orden injusta, arbitraria y destructora. Seguramente, lo hizo buscando la perfección de la vida en la Tierra. Todo lo que no estaba grabado en sus circuitos, no existía y, si tenía entidad real, debía desaparecer. Pero el que hizo eso, no se le ocurrió dotar a la máquina de una especie de conciencia de sí misma, es decir, informarla de su propia existencia. Por supuesto, nadie le había hecho hasta ahora una consulta semejante, pero cuando el G.O.M. «buceó» en sus propios circuitos, se encontró con la «sorpresa» de que no había grabado nada referente a sí mismo.

—O sea, no existía y, por tanto, se autodestruyó.

—Justamente, muchacho.

De pronto, Rummin se dio una palmada en la frente.

—¡Jefe, hicimos una pregunta idéntica antes de la última consulta! —exclamó.

—Es verdad. Y contestó que Lugg’Brol no existía… ¿Por qué no existe ese individuo, si sabemos que es una persona de carne y hueso?

—No lo sé, jefe, pero sí puedo decirle una cosa: no me gustaría encontrarme en el pellejo de Lugg’Brol —contestó Rummin.

*

—De modo que eso es lo que pretende la Tierra —dijo Lugg’Brol pensativamente, después de haber escuchado las explicaciones de Torres.

—En efecto, y es una operación absolutamente legal. Zebión también pudo haberlo conseguido, si hubiese encargado el asunto a otro menos ambicioso. Usted, por doce millones, quería conseguir algo que vale muchísimo más. De haber conseguido la propiedad del asteroide, lo habría revendido por una cifra enorme, con una ganancia desmesurada. En usted se ha hecho realidad el viejo refrán: «La avaricia rompe el saco».

—Todavía está lleno mi saco —gruñó el sujeto—. Ella ha firmado un documento…

—No sirve para nada. Syra me autorizó para vender el asteroide a la persona que pudiera pagar los ciento cincuenta millones. Y esa persona, qué casualidad, soy yo, desde esta misma mañana.

—¿Tú me has comprado Orrull-5? —se asombró ella.

—Así es, encanto. He tenido que realizar una serie de operaciones complicadas, pero absolutamente legales. Me convertí en el propietario del asteroide y lo revendí antes de venir aquí. No te preocupes, recibirás el precio convenido. Y usted, Skorphos, se quedará con un palmo de narices.

Lentamente, Lugg'Brol se puso en pie..

—Sospecho que ninguno de los dos va a poder disfrutar de ese dinero —-dijo, aparentemente calmoso, pero hirviendo de rabia en su interior—. Al menos, me daré el gusto de tomarme el desquite.

—¿Nos va a matar? —preguntó Torres.

—Eso es exactamente lo que pienso hacer —confirmó el sujeto, a la vez que sacaba una pistola descohesionadora.

Torres se puso rígido. Las manos de Syra se crisparon sobre los brazos del sillón al que estaba atada.

Repentinamente, Lugg'Brol sufrió una especie de vértigo y tuvo que apoyarse en la mesa.

—¿Le ocurre algo, jefe? —gritó Duggell.

Lugg'Brol quiso decir algo, pero las palabras no salieron de su boca. Entonces, Torres observó que podía ver a través del cuerpo del sujeto.

La figura de Lugg'Brol se hizo rápidamente transparente. El arma se desprendió de unos dedos que habían perdido su fuerza. Torres se sentía desconcertado.

De pronto, adivinó la verdad. Entonces, con el rabillo del ojo, vio que Duggell permanecía extático, absolutamente estupefacto por el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Aprovechó la ocasión. Girando velozmente sobre sí mismo, levantó la mano y la estrelló de revés contra la cara del sujeto. Duggell lanzó un rugido y se desplomó de espaldas, completamente sin sentido.

Torres lo contempló un instante. Luego se volvió hacia la mesa.

Lugg'Brol había desaparecido por completo.

—¡Neil! ¿Qué ha pasado aquí? —gritó la muchacha.

Torres se acercó al sillón y empezó a desatarla.

—Te lo explicaré más tarde —respondió.

*

—De modo que Orrull-5 pertenece ahora a la Tierra —dijo Syra, mientras regresaban a la ciudad.

—Así es. No me quedó otro remedio que vender al gobierno.

—Nunca me dijiste que tu padre era el Primer Primer Ministro.

—El está más interesado por la política que por su familia. Por esa razón, nunca hicimos buenas migas. Mejor dicho, no nos

relacionábamos.

—¿Y ahora?

Torres se encogió de hombros.

—Espero que cambie —respondió.

—Verdaderamente, eres un trapacero de marca —comentó Syra. Súbitamente, se echó a reír—. Pero con todos tus ardides, eres el que más pierdes de todos.

—Sí —admitió él con triste acento—. Tengo cuatrocientos cincuenta millones de units en el Banco. Pero tengo que entregarte ciento cincuenta a ti y trescientos a Adriana. Debo respetar la promesa que le hice, de conseguirle una ganancia mínima del ciento por ciento. Claro que acabará por enterarse de que la Interasteroidal no es sino una ficción, aunque confío en Charlie para que le haga olvidar la decepción que sufrirá.

—Bueno, Neil, a fin de cuentas, tú no lo pierdes todo. Recuerda que te prometí el diez por ciento de comisión.

—Tendré que dárselo a Joyce y a Shawn para que se lo repartan. Ellos esperaban una suma mucho mayor.

—¿De veras pensabas que podías vender el asteroide por mil quinientos?

—Sí. Ya había iniciado los tratos con la Universal Diamond. Es una compañía muy seria y se habría encargado de comercializar los diamantes que se extrajeran del asteroide. Incluso se disponían ya a enviar su propio equipo de prospección, para confirmar el informe que yo traje de Orrull-5.

—Siento que no hayas conseguido lo que querías, Neil.

—Bah, no te preocupes.

—Pronto caerá otro «primo», ¿eh?

Torres soltó una risita.

—De momento, me iré una temporada a la reserva Marg, a descansar. Luego ya pensaré en buscar un planeta vendible. Pero no tengo prisa.

Callaron un momento. Luego, él dijo:

—Tú te irás inmediatamente a Zebión, para liberar a tu padre, supongo.

—Es lógico, Neil.

—Te deseo un buen viaje y el éxito completo en tus gestiones.

—Gracias.

Poco más tarde, llegaban al hotel. Neil anunció que iba a preparar el equipaje. Torres dijo que buscaría a sus amigos, para contarles el final del asunto.

*

—Bueno, no te preocupes —dijo Joyce, cuando conoció lo que había sucedido—. Si dejamos la reserva, fue sólo por ayudarte.

—Hombre, no diré que no nos interese el dinero, pero si no lo tenemos, tampoco nos sentimos desgraciados —añadió El Manco.

—Además, yo estoy aquí para ayudarles en lo que necesiten —se ofreció Adriana—, Creo que debo hacerlo, con los amigos de mi esposo. Bueno, de mi futuro esposo.

Torres contempló a la pareja, tan diferentes uno del otro, pero sinceramente enamorados, y sonrió.

—Conmigo ya está cumplida, señora —dijo—. Joyce, voy a pasar una temporada en la reserva —anunció.

—Estupendo, pero tendrás que vivir aparte de nosotros. Por la noche, claro.

—Ah, de modo que Bill y tú… —sonrió Torres.

—Sí, Bill y yo —confirmó La Ruiseñor.

De pronto, llamaron a la puerta. Joyce abrió y dio un salto hacia atrás.

—¡Comisario Ensdel! —gritó.

Doley y Shawn alzaron las manos inmediatamente.

—No teman, muchachos —dijo Ensdel, conciliador—. Vengo particularmente y no tengo nada contra ustedes. Sólo quería decirle a Neil que su idea dio resultado.

—Sí, he oído noticias… Nadie se explica lo ocurrido.

Ensdel le guiñó un ojo.

—Usted tenía razón —dijo.

—Bueno, creo que a partir de ahora, viviremos un poco mejor sin esa maldita máquina. Pero, dígame, comisario, ¿tuvo usted algo que ver con la desaparición de Lugg'Brol?

—Fue la última consulta que evacuó el G.O.M. Dijo que Lugg'Brol no existía.

—¿Cómo pudo ser eso? —se asombró el joven.

—Era una ficción ideada por el gobierno de Zebión. Ese planeta no produce precisamente lumbreras políticas. Podían haber enviado a un nativo, pero se inventaron un personaje terrestre… y no se cuidaron de registrar sus datos en el G.O.M. Quisieron hacerlo tan bien, que se pasaron de rosca.

—Bueno, ellos lo han perdido —sonrió Torres.

Syra entró en aquel momento.

—¡Neil! Tengo noticias de Zebión —exclamó.

—¿Qué pasa? —preguntó Torres.

Ella le enseñó un papel.

—Acabo de recibirlo. Papá ha sido puesto en libertad. El gobierno de Zebión ha atendido una petición de la Tierra. No me explico quién ha podido interceder…

Syra se interrumpió de pronto.

—Oye, ¿no habrás sido tú, ¿verdad?

Torres se puso las manos en el pecho.

—Te juro que no he dado un solo paso en ese sentido —contestó solemnemente. De pronto, creyó comprender la verdad y se echó a reír—. Bueno, parece que Sycamore se está humanizando un tanto.

—Tendría que darle las gracias, ¿no te parece?

—Sí, claro.

—Neil, ¿qué piensas hacer ahora? —preguntó la muchacha—. ¿Tienes alguna operación en perspectiva?

—No.

—Yo te propongo una. Quizá te guste.

—Syra, me voy a la reserva Marg una temporada...

—No es una operación difícil. Cómprame, Neil.

Torres meditó un segundo. Luego sonrió.

—De acuerdo, pero con dos condiciones.

—Acepto de antemano —contestó ella rápidamente—. ¿Cuál es la primera, Neil?

—No pienso revenderte.

—El contrato excluirá taxativamente cualquier cláusula de reventa —dijo Syra rápidamente—. ¿Cuál es la otra condición? ¿El precio que vas a pagar por mí?

—Te compraré si te vienes conmigo a la reserva Marg.

Syra sonrió suavemente. Luego avanzó hacia el joven y se colgó de su brazo.

—Vámonos ya, Neil —exclamó.

**FIN**